JULIO ARAMBURU

BUENOS AIRES

CIUDAD - MUJERES - HOMBRES - TEATROS
ELOGIO DE LA AVENIDA DE MAYO Y
LAS CALLES FLORIDA Y CORRIENTES
MUESTRARIO URBANO

EL ATENEO
Librería Científica y Literaria
FLORIDA 371 - CORDOBA 2099
BUENOS AIRES
1927


BUENOS AIRES

OBRAS DEL AUTOR

La Tierra Natal 1923

El Solar Jujeño 1924

Jujuy 1925

JULIO ARAMBURU

BUENOS AIRES

CIUDAD - MUJERES - HOMBRES - TEATROS
ELOGIO DE LA AVENIDA DE MAYO Y
LAS CALLES FLORIDA Y CORRIENTES
MUESTRARIO URBANO

EL ATENEO
Librería Científica y Literaria
FLORIDA 371 - CORDOBA 2099
BUENOS AIRES
1927

A
CARLOS IBARGUREN
AFECTUOSAMENTE,
J. A.

AL LECTOR

LEJOS *del cansancio diario de la lucha, del vulgar estruendo callejero, vamos a escribir sobre la comedia urbana, sobre los seres y las cosas de la ciudad cosmopolita. Observar la realidad profunda de la filosofía social en la manifestación compleja de la vida es obra de optimismo y desengaño. Optimismo, ante el espectáculo de la civilización triunfante y desengaño por la tristeza de la existencia humana.*

Nuestro destino, tiene un ritmo de ilusión pueril. Vive sostenido por la vana esperanza del ideal y la pasión, del placer y el dolor. La gran aventura de conquistar los propios sueños, nos revela el consuelo paradojal de la muerte. Por eso, para entretener el efímero milagro del espíritu, vamos a escribir sobre la comedia urbana, sobre la errante caravana del mundo, sobre los seres y las cosas de la ciudad monumental.

J. A.

CIUDAD

LA CIUDAD

JUNTO al estuario del Río de la Plata, la ciudad ha anclado su casco de tierra como un barco. Son sus amarras las calles inmensas y sus mástiles las cúpulas de los edificios. En la quietud armoniosa, los navegantes han desmantelado los velámenes para construir las tiendas y encender su fanal. A su bordo imaginario, las mujeres y los hombres, agitan la clave de sus sentimientos y pasiones. La vida se transforma. De babor a estribor, hay un encantamiento insólito; orden de progreso, leyes de justicia, libertad de ideas, signos de cultura, valorización de humanidad. El equilibrio inmóvil, tiene la fantasía de las hazañas estupendas. El don de la victoria, brilla en la ejecutoria del pensamiento y de la acción. Buenos Aires es el orgullo de la patria en la revelación del continente.

El triunfo de la ficción marítima, nos alucina. La cubierta es una ciudad magnífica. Desde el palacio fastuoso hasta la casa humilde, desde la fá-

brica eminente hasta el taller sombrío, el progreso ha marcado la huella de su paso. Por todas partes, irradia la quimera de la suerte, la hospitalidad de la esperanza, la varia armonía del ideal social. En la multiforme actividad febril, se revela un nuevo despertar de la civilización latina. El genio de la raza plasma el esfuerzo del atributo heróico, la belleza creadora del destino, el legítimo sendero de la gloria. Nada falta a la realidad maravillosa del ensueño. La verdadera rosa de los vientos está en la visión del espíritu argentino. Bajo la seda del cielo y el sol de la bandera, la marcha es inmortal.

Quien recorra el símbolo rumoroso del barco, descubrirá el espectáculo de una creación americana. Cien años de vida libre bastaron para fundir el ideal legendario de Pedro de Mendoza y Juan de Garay. El esfuerzo racial de la acción y la cultura, ha plasmado el arquetipo de la ciudad futura. Sociedades honradas y democracias fuertes. Retoños de civilización universal en el broquel de la nacionalidad argentina. Numen del pasado, realidad del presente, orgullo del porvenir. Ciudad de millones de almas y de edificios. Ciudad de parques, plazas, calles y avenidas. Centro renovador de las instituciones educadoras y políticas. Escuelas, colegios, universidades, tribunales, gobierno, parlamento, bancos y hospitales. Posee la unidad naval, la flota aérea, la garantía terrestre. El dominio del mar,

el aire y la tierra. Generaciones nativas y generaciones extranjeras. La paz es su himno y la justicia su pendón. Por eso, en la ruta de América, la ciudad es como un barco que dirige su rumbo hacia las grandes conquistas del mundo.

LAS CALLES

¡CALLES de Buenos Aires! ¡Calles populosas y calladas, arrogantes y sencillas, alegres y tristes! Su fisonomía civil es variable como el espíritu de la urbe. Tienen una vida de ensayo y una afirmación de siglos. No les interesa la unidad del triunfo, ni el capricho del encanto. La resignación unánime es silenciosa, porque sólo la esperanza del oro puede conmover la muda serenidad del abolengo.

Las rutas urbanas — sacrificadas por la hilera de los edificios — fomentan el drama de la dicha individual y colectiva. Siembran la ilusión y tejen el engaño. En el libre refugio del tránsito sonoro, la vida desarrolla la ventura de su signo: ingenua al nacer, feliz en la adolescencia, dolorosa en la vejez, trágica en la muerte. ¡Qué ambición no ha satisfecho! ¡Qué dolor no ha sepultado! Las calles fraternales, encierran todo el misterio de la vida y todo el horizonte de la eternidad.

Así, recorreremos las calles diariamente, atraídos por la novedad del día y de la noche, del rum-

bo y la distancia, del regocijo o la tristeza, del abandono o el progreso. Nada falta a la sugestión de los ojos, ni el consuelo del espíritu, ni la vanidad de la pasión. Elejiremos la simpatía de los barrios y los nombres. Contemplaremos el desfile de la gente, el tumulto callejero, el vaivén de los carruajes. La disciplina urbana es invariable, la renovación arquitectónica, inconstante. Nos alegrará el ruido o el silencio, el lujo o la humildad. Por eso, las calles clavadas como una puñalada en el corazón de la ciudad, tendrán la fascinación eterna de lo desconocido, ya que por ellas, algún día no lejano, se irá el piadoso descanso de nuestro corazón.

LAS PLAZAS

LAS plazas han abierto su parche de campo en la piel de la ciudad. La cicatriz del remiendo es un consuelo de la tierra. Oprimida por la avidez de la construcción utilitaria, ella desea respirar su desventura. La inmensa fatiga, no tiene más consuelo que el abanico de los árboles. La breve pampa ciudadana, necesita la poesía del aire y de la luz. Y para satisfacer el recurso de la esperanza justa, el municipio ha tendido en la geometría del bostezo solar, la alameda de las frondas y la decoración de los jardines.

Los monumentos, las fuentes y los árboles, tienen un encanto familiar. En el diario torbellino urbano, ofrecen el secreto de la calma, la placidez democrática, la libre caridad del sueño. Son hospitalarias o agresivas, según la fraternidad del tiempo. Alegran la vagancia espiritual, amparan la tibieza del amor, exprimen la derrota de la vida. Llenas de sol o de sombra, de viento o de lluvia, su visión es de acuarela o agua-fuerte. Y así, tra-

zan, bajo la mansedumbre del reposo, la viva semblanza de la felicidad o la tragedia.

Agoras de las muchedumbres, altar de los acontecimientos cívicos, centro de los desfiles militares, las plazas alegorizan el sentimiento ciudadano. La humanidad es su símbolo creador. Se pueblan de músicas o ruidos, de protestas o de himnos, de risas o de lágrimas. Representan la fantasía burguesa y la justicia popular. La tradición histórica, mantiene el vestigio del romànce épico, el orgullo de la igualdad civil, la conquista de la justicia legal. Lo dice el designio bautismal o el monumento epónimo. Y por eso, rumorosas o desiertas, floridas o mustias, las plazas ofrecen al peregrino de la vida las consejas supremas del aburrimiento o el entusiasmo, del fracaso o de la lucha.

AVENIDA DE MAYO

EN el corazón mismo de la urbe, la Avenida de Mayo ha descubierto su pecho de betún y su collar de luces. Extendió los brazos de los edificios y la cabellera de los árboles: los músculos grises y los rizos verdes. El ímpetu del siglo marcó el diseño de la simetría arquitectónica. Hay belleza en la unidad creadora y la magnificencia estética; en la respiración de pampa y la visión del cielo. La alegoría de su nombre es inmortal. Lleva el bautismo de la Revolución gloriosa y nació en la Plaza del Cabildo histórico y el Palacio de la Municipalidad. Arrulló su infancia la sirena de "La Prensa" y el rumor metálico del progreso diario. Ella, plasmó la armonía del carácter europeo y el tráfico ruidoso. Sucesión de hoteles, casas de departamentos, homogénea edificación de cuatro y cinco pisos. Muros obscurecidos y ausencia limitada de avisos luminosos. Arriba, lanzas de acero que hincan las nubes; abajo, buzones colorados con su boca de sapo. En las veredas

amplias, el volcán humano que arroja el subterráneo; en las esquinas, el globo chinesco de los quioscos y en las calzadas, las columnas severas del alumbrado público.

Estación obligada de los cafés tumultuosos y las mesas tendidas en las aceras; de los grandes diarios y los grandes espectáculos sociales. Resonancia de carruajes, ómnibus y automóviles; del relámpago eléctrico y el trueno de bocinas. ¡Qué extranjero no recorrió sus sendas con fervor de admiración! Impone su trazado exacto, su belleza ciclópea, su vértigo temible. Asombra la madurez de su existencia breve y su energía completa. Paseo de las muchedumbres anónimas, de las manifestaciones proletarias, de los desfiles militares. Monstruosa arteria del hervor metropolitano, de las viviendas de mil ojos de vidrios, de las cúpulas de pizarra y donde el Pasaje Barolo levanta sobre la ciudad, su cabeza de cristal. La Avenida de Mayo, tiene una sugestión romántica: en los días de estío, se baña de sol y en las noches de invierno, se empolva de neblina. Sabe auspiciar el canto de los gorriones y el regreso de las golondrinas. Es dinámica y soñadora. Obliga la realidad del trabajo y el ideal de la belleza. Los peregrinos del mundo, no sienten la nostalgia de la patria distante, porque la Avenida de Mayo es como un molino de colores donde giran las aspas de la satisfacción universal.

La Avenida de Mayo, sabe ser huraña y cosmo-

polita, plebeya y aristocrática. Fraterniza al hombre de frac y al hombre del pueblo. Pulsa la volición del entusiasmo y ampara la quietud de la esperanza. Tiene algo de España en la vida nocturna y algo de Francia en la batahola solar. Mañanas afiebradas, ponientes serenos y noches de romance provinciano. Encajona las corrientes de aire y las vólutas de humo. En ella, remedan las orquestas la música de las colectividades extranjeras. Es ruta de andanza y de descanso, de familiaridad e independencia. Bajo la sombrilla de los árboles y los toldos blanquecinos, los habitantes cultivan el sentimiento de la contemplación, la juventud urbana de la realidad maravillosa. Itinerario de la Pirámide de mármol y del Pensador de bronce, de las glorias pasadas y de las glorias modernas. En ella, se dan la mano — símbolo del escudo argentino — la Plaza de Mayo y la Plaza del Congreso.

CALLE CORRIENTES

TENGO por la calle Corrientes, una simpatía profunda y fraternal Será porque en ella me sentí porteño y gocé los mejores años de la vida, la verdad es que su recuerdo nunca se olvida. ¿Quién no ama el sonoro vértigo de sus vías joviales? ¿Quién no admira su espiritualidad compleja y seductora? ¿Quién no ha desfilado por sus huellas de adoquín? Todos los hombres y todas las mujeres, todas las edades y todos los destinos. Ella prefirió el pavimento de madera al unguento mineral. Así, sonará mejor el martillo de los cascos y el rodar de los vehículos. El dominio del ruído es su belleza. El grito agudo, el repique tranviario, la tos de los motores. Ritmos contradictorios y emociones imperfectas. Torrente de Babel, encausado en las riberas del hierro y del cemento. Ella levanta el pendón de los tableros luminosos y las figuras geométricas: la línea azul, el ángulo rojo, el cuadro violeta, el círculo dorado. En la farsa multicolor de su desvelo radioso, abrió los

botones del ramillete nupcial. La esperanza está en el día y en la noche, el amor. Hay que gozar la plenitud del mundo en la senda de la luz.

Calle de los letreros castellanos y extranjeros, de las banderas y los yelmos de color. Focos amarillos, grises, blancos. Todo el cromo de las paletas y todo el hechizo de la bohemia. Allí, el dragón de los sueños y el reloj de la evidencia. Calle angosta como un grito contenido y amplia en el sacrificio de la avenida Callao. Para allá, el traje de los árboles y la calma de la muerte; para el centro, la desnudez simétrica y la fiebre de la vida. Calle de labor intensa y matiz subjetivo, de hombres extraños y mujeres hermosas. Hormiguero de gente, mareo de esquinas, desorden de casas, abrumadora enseñanza del tráfico infernal. Desconcierta el fragmento y la unidad de la corriente multánime. Fascina su aroma de pecado y su frenesí de escándalo, la tentación y el estruendo de las cosas humanas y mecánicas. Calle feliz de los canillitas gritones y las orquestas criollas, del vocerío tremendo y la dulcedumbre suave. Muestrario de los cinematógrafos aristocráticos, de las famosas películas traídas de Hollywood. Calle lírica y sensual, fantástica y realista, donde sucumbió el célebre Café de los Inmortales y donde buscamos todos, el diario consuelo de la inmortalidad.

La calle Corrientes musicaliza la resonancia de los puertos, el coro de los bares, la voz de las an-

tenas y el timbre de los teatros. Bullicio en la hora solar y bullicio en la hora nocturna. La irradiación eléctrica, expande el diamante de los nudos ambarinos. La sensación de humanidad se desborda en el cauce limitado. La dicha de andar es inmensa y seductora. Luces, diversiones, melodías y paisajes. Allí, la señal del dancing en el Ta-Ba-Ris, las revistas del Porteño, la arrogancia destronada de la Opera. El café Mogyana, de las musicantas bonitas y los cafés innumerables, donde solloza el bandoneón. Calle del Empire y el Palace y los demás templos de Cinelandia. Calle de los teatros Nacional, Smart, Cómico, Apolo. Nuevo y Astral. Calle de los bazares y los negocios múltiples; del Royal Keller vetusto y el Trust Joyero moderno con su cono de luz. Nada falta a la conjunción enloquecedora y subyugante de las fuerzas humanas. Su vida urbana, deleita y maravilla. Tiene algo de París y algo de Nueva York. La calle Corrientes nos revela el alma de la ciudad de Buenos Aires.

CALLE FLORIDA

FLORIDA es la calle suntuosa de la vanidad porteña. Nace en la esquina del prócer Rivadavia y termina en la arboleda de la Plaza San Martín. Tiene la gracia de la beldad incomparable y la riqueza extraordinaria, del asombro pródigo y la envidia inútil. Calle de los mercaderes y los millonarios, de las grandes joyerías y las casas de modas, de los hombres orgullosos y las mujeres bellísimas. Heredó el esplendor de los Virreyes y la tradición de la elegancia. Estableció el escaparate brillante de los libros, las joyas, las flores y los trajes y la vitrina encantadora de los rostros desconocidos y adorables. Feria de los edificios desiguales y arrogantes, del Pasaje Güemes y el Banco de Boston; de las tiendas antiguas y modernas, de Gath y Chaves, Harrod's y la Ciudad de México. Calle de las exposiciones fotográficas y pictóricas, de la Galería Witcomb y los salones Van Riel. Calle del poderoso librero del Ateneo. Calle de las mañanas claras, la tardes iluminadas,

las noches mustias. Calle confusa y vibrante que disciplina el torrente de la urbe y que levanta al anochecer la diadema de letreros a semejanza de Broadway.

Esta calle sosegada y tumultuosa, reconcentra la psicología del sentimiento público, de la tristeza vencida y la alegría triunfante. Los carruajes matinales y las andanzas crepusculares acusan la vanagloria del espíritu. Allí, la aventura fugaz y la contemplación magnífica, harán olvidar los sinsabores de la vida. Pensaremos en cosas bellas y felices, en los anhelos venturosos y posibles. Todas las novedades del mundo, encienden la curiosidad de las vidrieras. Escucharemos el reclamo comercial, la voz fonográfica, el radio trasmisor. Gritos, canciones, música. Propaganda de tango y charlestón. Notas de nuestra tierra y notas de Hawai. Además, tendremos la hora propicia del té en el Richmond y otras confiterías. El bullicio callejero y la majestad lujosa, cautivan al viandante. El desfile raudo, se torna lento y armonioso. El asfalto es como un rizo que se ondula de sol y se peina de colores para lucir el bizarro gallardete de la calle Florida.

El singular encanto de esta calle de magnates, ha vibrado también en los versos de Rubén Darío y Fernández Moreno, los dos poetas que cantaron mejor la ciudad de la hermosura y el progreso. Calle de las visiones fugaces y las emociones duraderas, del paseo errante y la quietud hechicera.

Calle de la admiración provinciana y del elogio de los huéspedes ilustres. Calle del dinero y de la moda, de los regalos fastuosos y los desengaños frívolos. Pero el atributo de su orgullo se vincula al magno desfile de la mujer porteña, ya sea rubia o morena, de cabellos de luz o cabellos de sombra. El gran nicaragüense, tuvo el deslumbramiento de la verdad remota, cuando decía:

> Ayer el pavimento sonoro de Florida,
> Sintió trotar el tronco de potros de Inglaterra;
> Que arrastran la Victoria, donde al amor convida
> La faz de la morocha más linda de la tierra.

La calle Florida tiene el blasón de la belleza conquistada. Angosta la calle y angosta la vereda, favorece el relieve del sortilegio unánime. Es la ruta suntuosa de la vanidad social. Posee una semblanza universal, pero su corazón es argentino.

LOS CAFES

EN la esquina de las calles, los cafés se han puesto a descansar. En la actitud inmutable, epilogan el ritmo de las horas con la orquesta resonante o las charlas baladíes. Despiertan con el alba y olvidan el sosiego de dormir. Lóbregos o luminosos, ellos cultivan la simpatía del olvido, la pereza de la acción, la derrota del espíritu. Saben disciplinar el tedio de la noche y la vanidosa bohemia de la claridad solar. La tristeza o la alegría es el único estímulo de su voz cordial. Oasis en el desierto ciudadano su compañía es necesaria al corazón. El hombre no lo niega y busca diariamente su consejo.

Entramos al desorden de un café. Junto al remolino de las mesas, los hombres descansan su altivez. Conversan, discuten, ríen. Los mozos gritan y golpean la cristalería y los metales. En medio de la baraunda, el eco de las voces se marchita, la paz de la reflexión, desaparece. Allí, hablan los políticos, los comerciantes, los jugadores, los

hombres de letras y de teatro. Otros, van a exaltar el ocio de la vida, el derecho al triunfo, el secreto del amor y el infortunio. Todos, reflejan la psicología de la suerte, la honda metáfora de sentirse un gran señor ante el humilde ruego del mozo del café.

Este es un momento solemne en el hombre que contempla satisfecho la servidumbre obligada de su prójimo. Pensará un instante, consultará a los amigos, y luego, gritará la voluntad de sus deseos. ¿Quién no es altanero o magnánimo al llamar al mozo y pagar la consumación? ¿A quién no le gusta el servicio delicado y respetuoso de los súbditos humanos? Es un placer ligero y vanidoso. A la hora del té, el vermouth, el teatro, el feliz burgués o pobre empleado irán al café a descansar. Gozarán el tributo de la taza humeante, el licor sabroso o el helado estival. Otros, pasarán la mañana, la tarde o la noche en el estéril culto de la murmuración: historias de familia, chismes de oficina, reputación de amigos, aventuras de amor y juegos de azar. Los cafés tienen la virtud de teatralizar el secreto del sentimiento individual. Un ejemplo veloz, se lo descubre en la meditación obstinada de un jugador senil y en el regocijo cándido de un joven que aplaude sin cordura la batería del jazz-band.

LOS RESTAURANTES

NADA hay más importante en la ruta diaria de la vida que ir a comer a un restaurante. Fuera de la razón biológica, lo establece un prejuicio aristocrático. Eso de faltar un día al hogar donde la buena mujercita ha preparado su comida, es un atributo jactancioso. El derecho, también corresponde a las pobres víctimas de las casas de pensión. Algunos, irán por hábito o necesidad, otros, por un compromiso social o la invitación de un amigo. La sencilla ceremonia de comer sobre una mesa bien tendida, requiere una solemnidad extraordinaria. Es la penitencia de fingir poco apetito, hablar con calma y establecer el protocolo de los gestos. El amor propio, necesita la comedia de la cultura exajerada. Hay que revelar el abolengo de las mejores costumbres de la urbanidad.

Mesas tendidas, una orquesta vibrante, mozos que reverencian al huésped anónimo. El caballero que entra sufre un asalto. Le toman el sombrero, retiran la silla, cantan el menú y azuzan la ávida

interrogación de los estómagos. El buen señor que acompaña al amigo o una dama, responde displicente el halago ocasional. Señalará los platos, la preferencia de sus gustos, el nombre del vino y olvidando inmediatamente las órdenes, charlará con su vecino. La curiosidad, se enciende en las miradas. Los clientes que entran y los clientes que salen. En esa hora feliz, la risa es una fuerza de batalla. El buen humor es necesario a la merienda. Los motivos cercanos, serán el tema de la observación tenaz. Una mujer que pasa, el hombre que dirige la orquesta, el sabor de una comida o una ocurrencia íntima, resumen la explosión de la salud y la alegría.

El restaurante es un verdadero espectáculo sonoro. Calla la música y vibra el rumor de las palabras. La función de comer, adquiere una infinita parsimonia: la lentitud, los ademanes, la disciplina de la conversación y la sonrisa. El lustre de la fortuna, debe brillar en la actitud medida. Así el orgullo de un comerciante, la felicidad de un pobre empleado, la gentileza de un político. No se podría exigir tampoco otro rasgo, cuando la bella presencia de las damas, tiraniza la inquietud de los señores. El eterno femenino es el milagro de la virtud benéfica. La ilusión vive, mientras no existe el hambre. Por eso, los restaurantes, ya sean pobres o suntuosos, señalarán siempre a todo caminante la orgánica dicha de la inspiración de Pantagruel.

EL PUERTO

HEMOS llegado al puerto bullicioso, de los grandes navíos y las embarcaciones mínimas. La ciudad flotante se encuentra conmovida por la inquietud del mar. Las olas pulsan el ritmo de la desesperación inmensa. Sobre la superficie luminosa y móvil, las boyas balbucean su naufragio absurdo. Los barcos, reposan; las lanchas, zozobran. Algunos vapores se alejan; otros, llegan. Hay un rumor confuso de turbinas, motores y sirenas. El himno del trabajo está en la energía veloz y el soplo agudo. El viejo Neptuno ha sepultado la fuga de su carro brillante para contemplar el rumbo de la felicidad mortal. Por eso, los navegantes han disciplinado el sentimiento de la vida errante y la actividad forzosa. No los preocupa la patria, la nostalgia, ni el sosiego. La razón de la existencia es el negocio rudo y vagabundo. Los puertos son el refugio del consuelo internacional. Allí se encuentra la esperanza del oro en el ideal de las razas y el color de las banderas.

El paisaje marino tiene una sugestión doliente y tentadora. Desde el muelle lúgubre hasta el faro solitario, todo nos habla de la ausencia. Frente al mar, la modalidad pacífica se transforma y surge en el espíritu la vehemencia de viajar, de conocer el mundo, de atravesar las rutas largas y cautivas. El canto de los marineros y el nombre los barcos avivan la fantasía de los países lejanos. Iremos a visitar las tierras misteriosas. En lugar del antiguo velamen, hoy tenemos el lujoso trasatlántico. El progreso moderno ha cambiado el destino de la navegación. Ya no pueblan el mar las frágiles goletas, ni los piratas legendarios; sino los paquebotes veloces y los buques de guerra. La ciencia naval y el arte náutico, consolidan la grandeza de la aptitud creadora. Es el porvenir del siglo en el triunfo del comercio y de la industria, en la paz de los hombres y los pueblos. Las dársenas son el salvo conducto de la civilización universal.

Los barcos sufren el castigo de la mansedumbre trágica. La voluntad humana es el timón de la obediencia ciega. Llegan un día a una nación, atracan su cautiverio y desembarcan los viajantes y las mercaderías. Allí, sofrenan las hélices cansadas y arrojan al abismo el ancla salvadora. Bajo el ciejo extranjero, el crespón de las chimeneas se eleva como un ruego, mientras el casco llora lágrimas de sal. No pueden gozar la dicha de la permanencia fija, ni la emoción multánime, porque otro día se irán, soltando las amarras de sus brazos suplican-

tes. Entonces, ya conducirán otros viajeros y otras cargas. Partirán entre la expectativa silenciosa de los grandes navíos, las embarcaciones mínimas y las grúas que dicen adiós. El hechizo de viajar oculta el olvido de morir. Lloran los que se van y lloran los que se quedan. La solemnidad del dolor está en el misterio de las naves ausentes. No en vano, en esos trances, hasta las gaviotas secan con el pañuelo de sus alas el lloroso rostro del mar.

EL FERROCARRIL

ESTAMOS en la catedral del ruido, de las naves profanas sahumadas por el incensario de las locomotoras. Es la estación del tren, donde llora la plegaria de la ausencia en el fervor de las campanas y el rosario de los golpes. Allí, los coches de lujo y los coches de carga; el largo andén, lleno de personas y equipajes. Viajeros que parten y viajeros que regresan. Nos aturde el bullicio, las exclamaciones, los silbatos. La serenidad es imposible. Todo el mundo se agita y desespera. Parece que el hecho de viajar exalta la inquietud de los espíritus. Cada acto humano tiene una significación distinta y perentoria: las palabras, las diligencias, los recuerdos. Vemos rostros tristes, rostros efusivos, rostros indiferentes. La gama de la emoción trasfigura los semblantes. Ya no hay duda que el sentirse solo en medio de tanta gente y desamparado en la compañía de alejarse es un principio de la tragedia ferroviaria.

¿Quién no ha viajado una vez en la vida? ¿Quién no ha sentido esa necesidad angustiosa de

llorar? Todos, y, por eso, el corazón se llena de tristeza. Así, cuando vamos a tomar el tren o saludar un amigo. ¿Por qué negarlo? Los viajes y las despedidas tienen la zozobra de los designios crueles. Pensamos en marchar, sin saber si volveremos. Las ciudades remotas, los paisajes campestres, las villas cercanas, tejen la esperanza de los sueños propicios. Sin embargo, ningún sentimiento hostil acusa el martirio del lugar abandonado. Todo nos consuela y fortalece. ¿Será porque nosotros también esperamos aquel tren de la muerte que nos ha de llegar a la última estación? ¿O será porque el optimismo de vivir nos hace olvidar el irremediable plazo de la eternidad?

El tren va a partir. Pasan las zorras de transporte, los changadores con las valijas, los carteros con las bolsas de correspondencia. Los furgones se llenan de bultos; los coches de viajeros. Las ventanillas abren el cuadro del retrato familiar. Las últimas palabras y los últimos adioses. Ante la separación de los afectos hondos, los ojos, por costumbre, se ponen a llorar. Hay que defender la ceremonia de la aflicción honrada. De pronto, llega la hora fatal de la partida. Suena la campana y el silbato penetrante de la máquina. Las manos se estrechan. El tren sale, el tren desaparece. Hemos vuelto a la realidad del mundo. Ahora, el dolor se amortigua y la resignación triunfa, por más que los rieles del ferrocarril hagan sollozar la romanza de la ausencia en el acordeón estirado de los coches errantes.

MUJERES

LOS PRIMEROS FRIOS

CON los primeros fríos, la tristeza del invierno resucita. Han vuelto los días suplicantes, lavados de lluvia, tiznados de niebla, zamarreados de viento. La inclemencia elemental nos aprisiona; la ciudad se embriaga de aburrimiento. ¿Qué hacer para distraerse? ¿Dejar la casa, visitar un amigo, ir teatro o al café? Ya lo hemos resuelto; salir a caminar. He aquí, el consuelo gratuito y generoso del invierno. Bajo la mañana clara, la tarde plúmbea o la noche lóbrega, recorreremos sin rumbo el municipio. Miraremos los transeuntes, las vidrieras, los avisos luminosos. De pronto, ya cansados de la vagancia callejera, inmovilizaremos la marcha en la primera esquina.

¿Por qué el hombre prefiere las esquinas? ¿Es una costumbre, un deseo, un sortilegio? No lo sabemos. En verdad, nada hay más agresivo que las bocacalles: el ruido del tráfico, el tumulto humano, la corriente atmosférica. Sin embargo, el caminante no vulnera la armonía de su espíritu. Al

contrario, siente una especie de embriaguez en la quietud arrogante y transitoria. Exalta el gesto, afianza el pedestal y he allí el símbolo ligero de la estatua. El inquisidor de la mirada, ha descubierto el hechizo de la esquina en la vida que pasa y la emoción que llega.

A este perenne émulo del vigilante en servicio no le interesan los problemas del tráfico. Su actitud es verdaderamente lírica. La curiosidad general se aviva en sus pupilas. Le intriga la caravana errante, el coche lerdo, el automóvil suntuoso, el tranvía sonoro, el ómnibus trágico. Tantos vehículos con diversas rutas y diversa gente. ¿A dónde van? ¿Por qué algunos seres llevan el rostro triste y otros ríen? Es el misterio del mundo. El que observa, sólo recoge la impresión externa del semblante; mas no la tragedia interior de los espíritus. Por eso, nuestro peregrino ha glorificado el sentimiento de la inquietud voluble y deliciosa. El encanto supremo de las bocacalles está en la breve tardanza de la mujer desconocida, de aquella mujer hermosa que pone en la tristeza del invierno el resplandor maravilloso de las otras tres estaciones.

LA MUJER ADOLESCENTE

LAS mujeres bonitas han conquistado la ciudad. Todos los días, a diversas horas, las vemos desfilar por nuestras calles. Van solas o en grupos bulliciosos. Viven la edad feliz de la esperanza, cuando el amor es una fe y el dolor un absurdo. No dudan de la frescura primaveral de su belleza, porque sus destinos tienen el milagro de la ilusión terrestre. Adoran la tentación de las cosas inútiles: el lujo de un traje, el color de un sombrero, la onda de un perfume, la fantasía de un anillo o un collar. La maravilla del ideal humano está en la preocupación de las ejecutorias magníficas: vivir para encantar y encantar para vivir.

Estas criaturas felices, cuyo nombre ignoramos, merecen la justicia del elogio. En la senda urbana, los cinematógrafos y los conciertos, la agitación de su presencia es una fiesta espiritual. Saben disciplinar la voluptuosidad de las emociones ópticas. Ya sea en la premura veloz o el desgano tardio del recorrido, las bellas muchachas son el

númen de la poesía eterna. El desafío de la edad, el suplicio del enigma, el arrebato de la gracia, brillan en la sugestión adolescente. Frente a los escaparates de las tiendas, las joyerías y los bazares, la estrategia de su calma, resume la filosofía del alma femenina. Ya Shakespeare no se equivocaba, cuando sentenció que la Fragilidad tenía nombre de mujer.

Las siluetas menudas nos cautivan. Tienen el embrujo de la juventud y la hermosura. El rostro de niño, el cuerpo grácil, la elegancia primorosa. Visten los últimos modelos de París, los sombreros diminutos, los guantes de la caricia tentadora. También las medias de transparencia cruel, la flor sobre el pecho y la cartera de los secretos y recuerdos. Es deliciosa la ruta de su paso y la aurora de sus años. La esperanza se embellece en la lumbre de los ojos y la herida de los labios. Son delicadas como un verso y alucinantes como una novela. La dicha terrenal, está en la limosna de su sentimiento embriagador. La esclavitud de los sueños es unánime y gozosa. Por eso, bajo el abrigo mullido o el traje sutil, el único pensamiento de las chicas porteñas es destacar la armonía de su belleza floreciente en el corazón del hombre y la ciudad.

LA MUJER OTOÑAL

CUANDO los hombres se detienen asombrados, junto a la portezuela de un automóvil suntuoso, es casi seguro que acaba de descender una mujer admirable. No es la niña núbil, ni la dama egregia, sinó el arquetipo intermedio de las dos edades. Es la figura esbelta de aquella mujer que ha logrado como un fruto de oro llegar a la exquisita madurez. Los rasgos del encantamiento son firmes y marmóreos. En toda ella, vibra la plenitud serena de la gracia, la majestad avasalladora de la vida, el esplendor romántico del triunfo. Su belleza es como un símbolo propiciatorio que despierta al pasar la elocuente admiración de los sentidos.

Esta rara mujer, que prefiere el automóvil en la calle y la encontramos también en un teatro o un sarao, cuida el fervor del homenaje. Ha desechado el vanidoso halago de la ambición galante para ser culpable de la inquietud profunda y armoniosa. Nada subyuga su corazón violento, ni su indiferencia efímera. El amor es caprichoso como el

misterio de su alma. La luz de su ideal, ella la enciende. Toda su experiencia huraña es un coloquio de la sabiduría platónica que busca el tesoro del mundo en la elevación total del sentimiento humano.

¿Quién es esa mujer que encarna la quimera deslumbrante? ¿Quién es la que atormenta la sensibilidad de los hombres y la paz de los destinos? ¿Quien la que ofrece el manjar de los dioses en la plenitud del milagro y la ambrosia? Es la mujer otoñal, la mujer segura y fuerte para las borrascas del amor y los secretos del ensueño. Hay, pues, que alabar la maravilla de la mujer otoñal, la misma que elogia sin temor Ortega y Gasset cuando nos dice y razona: "¿Qué mujer es la más bella? Yo creo que todo espíritu delicado prefiere en la mujer esa hora vendimial del otoño, cuando se juntan en su fisonomía graciosos ecos de doncellez a inquietantes anticipaciones de caducidad. En ese momento, es la mujer síntesis de si misma; nos trae en esencia su primaveral pasado y ya entrevemos el rigor de las nieves futuras".

LA MUJER DESCONOCIDA

¿Por qué la mujer que vive en un hotel, adquiere un penetrante sortilegio de leyenda? ¿Será por su fisonomía extraña o su destino errante? ¿Quizá la incertidumbre de ignorar su raza? Su rostro de extranjera, apenas trasluce el cambiante reflejo de los cielos lejanos. Rubia o morena, alta o pequeña, cada existencia guarda una historia diferente. En el vaivén de la ciudad, la iluminación pasajera de su marcha, nos evoca una esperanza moribunda. Hemos encontrado una mujer deslumbradora y sin embargo, la ausencia irremediable nos castiga. ¿Qué hacer ante el hallazgo inverosímil? Grabarlo en la memoria y resignarse. Es el único consuelo de las emociones fugitivas y veloces.

Muchas veces, una mujer desconocida, sugiere un dulce poema de inquietudes. El rostro adorable, el anhelo inútil, la huída fatal, animan el preludio de un romance lírico. El hombre, tiene el sentimiento de la curiosidad absurda y pecadora. Se ilusiona de un encuentro misterioso y cree en la con-

quista del ideal viajero. Vana ilusión y vana conquista, porque el cálido entusiasmo del amor se marchita con la realidad del desengaño. La mujer desconocida es como una sombra de la fascinación remota, a quien sólo debemos mirar con la misma zozobra y desesperanza que contemplamos los hermosos paisajes que mueren al vuelo del tren.

Por eso, las calles cultivan el hechizo de la interrogación anónima. La belleza del mundo se idealiza en la obscuridad de los encuentros. La prueba es estéril, pero hermosa. Ver una mujer y perseguirla con la fatiga de la duda no es delito. El enigma fué el acícate de las grandes conquistas. Así, el hombre vive y descubre en la noche del destino la lumbre de su suerte. La marcha de las figuras misteriosas son necesarias al sentimiento humano. Nadie se conoce en la tierra hasta que el amor no llega. La contradicción del mundo es una disciplina para las almas solitarias. Por eso, la mujer desconocida será la reliquia errante de los ojos que buscan el símbolo consagratorio del hogar y de la vida, de la felicidad o el infortunio, de la victoria o la derrota.

LA MAESTRA

ESTA buena mujer, que en los días de lluvia y de sol llega puntualmente a la escuela, merece la gratitud del mundo. Ella representa el ideal de la vocación más noble y generosa. Ha renunciado al halago de la vanidad mundana para dedicarse al sacrificio de enseñar. No le importa el destino oscuro de la vida ni el marchitamiento silencioso de los años. Es la mujer de la resignación profunda y excesiva. Abrazó la carrera de la enseñanza pública con la misma fe de la hermana religiosa. Ella comprende que la mejor virtud es enseñar al que no sabe. La doctrina del amor está en el ejemplo confortante. La niñez necesita el culto de la perfección biológica, la guía de la inteligencia oscurecida. Los retoños humanos no pueden prescindir de la vigilancia educadora. El origen del conocimiento favorece el triunfo milagroso de los sueños. ¡Quién destruye la ignorancia, destruye el mal funesto de la vida! Es la lucha de la idea y la pasión. La tarea magnánima de la evangelización só-

lo cabe en los corazones elegidos. Por eso, la maestra sintetiza el verbo de la redención social. A la sombra de su admirable sabiduría, nacen las mejores esperanzas de la humanidad.

En las mañanas de frío y en las tardes calurosas, la maestra no faltará nunca a su deber. Tiene el hábito de la constancia sagrada y necesaria. La amistad diaria de los niños ha descubierto una ternura maternal, un coloquio venturoso de emociones. Las horas de clase, la variedad de temperamentos, la cordura del perdón, resumen una disciplina edificante. Bajo el sosiego o la inquietud del escolar, la prueba del carácter se ejercita. Habrá momentos de paz y de guerra, de orgullo y de reproche, de amor y de dolor. Las clasificaciones mensuales serán el acicate de las risas y las lágrimas. La infancia es candorosa y descontenta. La buena maestra tolerará el sinsabor del mal entendimiento, la ingratitud de la desobediencia elemental. El frágil castigo modificará el delito irreflexivo. En cambio, ella recibirá el himno del saludo, la poesía de las risas y el tributo de las flores. Las adorables criaturas tienen la manía de las rosas para atenuar las penas y conquistar el corazón. La pureza del símbolo refleja el amor de los espíritus. La verdadera filosofía docente está, a no dudarlo, en el lírico holocausto de las cosas sutiles.

Maestra: dulce nombre en la elegía del recuerdo. Fué la amiga cordial de la niñez y la adolescencia, la que despertó el sentimiento de la ilustración

benéfica. Ella evoca un largo poema de la felicidad remota y abolida. Tiene la imagen de un retrato amado y familiar. La visión antigua no se borra en la memoria. Ya la veremos en el aula silenciosa, rodeada de discípulos y cargada de cuadernos. Estará frente al pizarrón, explicando con la tiza y el puntero el significado de las letras y los números. Su palabra, cálida y sencilla, tendrá la comprensión de los afectos hondos. El niño la escucha y la comprende. Ella encarnará el decálogo de la cultura elemental y la lumbre de la belleza unánime. Cada alumno será un hijo del consejo deslumbrante. Imaginaria madre de la paciencia humana; amará las rondas de la familia diminuta. No tendrá el consuelo de la fidelidad cotidiana, sino el fervor de la estimación inolvidable. Las almas infantiles son la arcilla de su modelación suprema. La escultura moral representa la gracia del sentimiento animador. Por eso, en la elegía del recuerdo, el nombre de la maestra perdura como un secreto de la ventura tutelar.

LA BAILARINA

ESTA mujer que todas las noches sale a bailar en el tablado, acusa la felicidad de los simples destinos. No piensa en la fuga de la vida, ni en el plazo de la muerte. La realidad filosófica del mundo le es indiferente. Ella, se cree eterna en su belleza arrebatadora y en su alegría desbordante. La fascina el aplauso, la gloria, el dinero. Le preocupan las joyas, el lujo, los regalos. Nada halaga más su vanidad artística, que el efímero triunfo de las tablas. La danza funambulesca, representa todo el ideal de su ventura. Siente una verdadera devoción por la armonía vibrante de su cuerpo. Y en esa egolatria fanática y pueril, se complace en exhibir el diario ritmo de su provocación deslumbradora.

Nuestra moderna bailarina, prefiere el arranque de la convulsión frenética, a la serena disciplina de la euritmia clásica. Nada conmueve más su temperamento frívolo que la ardiente inquietud del entusiasmo. Desde el suplicio muscular hasta la mimodia grotesca, todo el cuerpo humano es una vi-

bración de sensaciones. Rie en el ejercicio de los saltos y grita en el estremecimiento de los nervios. El desenfado de bailar, la transfigura. Tiembla, sacude la cabeza, dobla el torso, mueve las manos, pone en blanco los ojos. Otras veces hace la parodia del arrebato filarmónico: se trae el banjo, el saxofón o el ukelele. Por eso, esta mujer hechicera y casquivana, ha descubierto el gozo de vivir en la emoción que canta y sugestiona, en la embriaguez que engaña y atormenta.

He aquí, por qué todas las noches, iremos a contemplar la desordenada exhibición de la mujer vibrátil. Nos atrae su juventud perdida, nos alegra su sonrisa falsa. Nosotros también la imaginamos eterna en la frescura de su gracia y la deseamos fiel en el muestrario de sus actos. Somos disconformes y exigentes. Sin embargo, la felicidad ilusoria de la bella bailarina, tiene un epílogo dramático y penoso: la vejez. Es entonces, cuando las primeras canas, reemplazan la diadema irisada, cuando los ojos pierden su brillo mineral y la piel se arruga como un trapo. La acción del tiempo es irremediable. La bailarina senil y eminente se irá y vendrán otras, jóvenes y esbeltas. La vida es así. Pero mientras tanto, regocijémonos con el fugaz encanto de la criatura flexible que sabe conquistar las pupilas del mundo con la frágil maravilla de su desnudez agresiva y el traje rutilante.

LA BATACLANA

LAS diversiones nuevas, han inventado la exposición de la mujer desnuda. Es la desnudez del cuerpo blanco, de líneas plásticas y juventud encantadora. Insinuante o pecador, los recursos de la gracia, triunfan en la escena. La revista es el cetro, y ella la corona. Tiene el ritmo sensual, la bambolla del lujo y el talismán de la mirada. Emociona su agilidad expresiva o su languidez morbosa. Tímida o vehemente, casta o impúdica, el imán de sus giros domina el espectáculo. Viste el traje de raso y el jubón de seda, el corpiño de lamé y la malla de lentejuelas. Otras veces, la indumentaria real de los plumajes. Plumas verdes, azules, negras y amarillas; el velo de plata y el velo de púrpura. En la pasarela del foro iluminado, resplandece el armiño de las piernas y los brazos, los lunares secretos y las venas de zafir. Ellas tienen la risa nerviosa, la frase erótica y el movimiento dislocante y turbador. Hacen la burla del pudor y el mimo del vicio. Los hombres

necesitan la imagen visible del pecado para ser felices.

¿Qué arte desarrolla una bataclana en el proscenio? ¿La danza y el canto, el gesto y la palabra? No lo sabemos, porque los recursos son ligeros y mudables. Sin embargo, la gloria auténtica, está en la belleza verdadera de las formas, en la intimidad herida, en la proyección de los encantos prohibidos. Ellas iluminan fugazmente la escena igual que la luz. Bailan el chárleston, el fox-trot, el black-bottom; cantan los estribillos y las rondas. El desfile fulgurante y bullicioso, en líneas apretadas o dispersas, son el coro del chansonnier y la vedette. Rubias y blancas, lucen el cabello revuelto, la melena lacia y la patilla gloriosa. El vestuario deslumbra y la música enerva. Usan gorros de género, sombreros de paja y boleros de castor; collares de perlas y brazaletes de color. La armonía exótica, nos convence y nos seduce. Recurso viejo o moderno de la hora que pasa, las bataclanas son necesarias al éxito vacilante y precario del teatro nacional.

Las estrellas de las revistas, conquistan la simpatía visual con el armonioso encanto de la edad florida. Los labios rojos, las ojeras profundas, el cuello terso y majestuoso. Envuelta en el lujo de las sedas, su hermosura de andrógino, deleita el sentido lujuriante de los ojos. La escuela de madame Rasimí, ha formado sus discípulas fieles y entusiastas, buenas y malas; pero en lugar de fran-

cesas, ahora son criollas. La bataclana, ha eclipsado igualmente el prestigio de las "girls". Ellas han triunfado con el elenco de la raza y el homenaje del aplauso. Con la mano en la cintura y la otra en el vacío, deshojan la rosa de sus risas y el delirio de sus gritos. Son las mariposas lucientes de la noche que queman en la hoguera de la pasión la frescura de los años. Pero el mal no necesita reflexión, ni desesperanza. Ellas han venido para alegrar nuestras tristezas y serán como las muñecas a quienes sólo amamos en un instante perentorio del destino.

ORQUESTAS DE SEÑORITAS

¿QUIÉNES son las valientes mujercitas que se han apoderado de la fortaleza del café? ¿Serán libres o cautivas, solteras o casadas? La verdad, la ignoramos. Solo sabemos que son jóvenes y hermosas. La desventura de la vida, las envolvió en la madeja del trabajo obligatorio. Renunciaron el sosiego del hogar tranquilo para alegrar el sosiego de la gente extraña. La pobreza es una fatalidad acusadora. No de otra manera, las veríamos en el diario sacrificio de la exhibición penosa. Tardes prisioneras y noches desveladas. Pero el café, tiene el alma coqueta y seductora. Sabe apoderarse de la dicha frágil y la voluntad indefensa. Las lindas criaturas que nacieron para encantar el mundo de los sueños, verán alejarse la realidad de la quimera. El oficio llamativo, desprestigia y desengaña. Ellas, lo saben y comprenden. Encaramadas en el alto mirador, no tienen más consuelo que la música. El amor no existe en los ideales. El público, prefiere la aventura fugaz al romance verdadero.

Despierta la mágica ilusión de las pupilas y borra con la ausencia, la esperanza. Las honradas muchachas, sufren el acecho de la pasión traidora. Así, lo prueba el comentario injusto y la ambición proterva. El dardo del mal es implacable. Ellas, las valientes mujercitas de la fortaleza del café, son las eternas víctimas de los tenorios sin fortuna.

Cuando entramos a un café, lo primero que buscamos es la orquesta. La presencia femenina, nos deleita. Es un placer lírico y sedante, cuya satisfacción honrada, no cuesta mucho dinero. Será, quizá uno de los programas recreativos más bellos y económicos. En efecto, junto a la mesa del consumo establecido, descansando en muelle asiento, pediremos un vaso de cerveza o una taza de café. El derecho al reposo, está ganado. Allí, estaremos, horas y horas, hablando sobre cosas inútiles y contemplando el encanto de las risueñas musicantas. Son cuatro, cinco o seis. Lucen trajes claros y vistosos, llevan los brazos desnudos y ajustada en las muñecas, la pulsera fulgurante. La apariencia suntuosa es necesaria. Hay melenas rubias, negras y castañas; rostros pálidos, blancos y morenos. La coloración de cera o la coloración de rosa, embellece los semblantes. Frente al atril inmóvil, la gracia pensativa custodia el instrumento musical. Está el violín, el violoncelo, el contrabajo; luego, la flauta aguda, el atabal sonante y el piano de interminable carcajada. Ellas, animan el ritmo de

las melodías perezosas y afiebradas, mustias y jocundas. La cadencia suave o detonante, desvanecen las penas del corazón cansado. Las andanzas callejeras nos abruman y entristecen. Necesitamos el descanso de la reconcentración armónica. Allí, entre el murmullo de las voces y la batahola de las notas, el humo de los cigarrillos será nuestra poesía, para gustar la música y estudiar el enigma de las gráciles intérpretes que se quedarán solteras.

Estas bellas artistas de la gloria anónima, tienen el destino de la resignación forzosa. El porvenir del mundo, no las preocupa. El tablado del café es el tablado del olvido. Allí, sus vidas, adquieren la sensación de los secretos novelescos. La tristeza, no encadena los espíritus joviales. Románticas protagonistas de un film emocional, aman el martirio de la admiración callada y el pecado inútil. Los auditorios fervientes son el oráculo de la sentencia misteriosa. Alegres y sonrientes, como buenas colegialas, tendrán el recreo del intervalo y la lección del repertorio. Momentos de ocio y momentos de trabajo. Ocio para leer los diarios y revistas, limpiar las cuerdas y los arcos. Trabajo para anunciar las piezas y ejecutarlas sin error. Luego, el paisaje de la interrogación visual. He aquí, porque es imprescindible la deliciosa alegoría de las muchachas en flor. Frente al atril, las estampas juveniles, halagan nuestros ojos y el espíritu. Tienen la insinuación grácil y sutil de los secretos

musicales y afectivos, cautivantes y adorables. Seamos, pues, francos y benévolos. Digamos la palabra dulce y cordial de la justicia. Buenos Aires, sin la arrogante existencia de las orquestas de mujeres, sería una ciudad aburrida y melancólica.

LAS MUJERES HUMILDES

EVARISTO Carriego, el poeta nuestro, el que tradujo en sus versos el anónimo dolor de la ciudad, fué también el poeta de las mujeres humildes. Nadie como él cantó el infortunio de las vidas oscuras, la callada armonía de los barrios tristes. Tienen sus canciones la emoción doliente de la vida; el humano secreto de una confesión cordial. La existencia y el lugar de los seres y las cosas nos llenan de ternura, porque las hallamos en todos los sitios del centro y del suburbio. Es esa ternura del camino diario y familiar, quizá el mismo de nuestra casa, el mismo que nos recuerda aquellos dulces versos:

Nos eres familiar como una cosa
que fuese nuestra, solamente nuestra;
familiar en las calles, en los árboles
que bordean la acera;
en la alegría bulliciosa y loca
de los muchachos, en las caras
de los viejos amigos,

en las historias íntimas que andan
de boca en boca por el barrio,
y en la monotonía dolorida
del quejoso organillo
que tanto gusta oír nuestra vecina,
la de los ojos tristes...

Y en esa senda fraterna y melancólica de las calles porteñas veremos desfilar ante nuestros ojos el fugitivo encanto de las mujeres humildes. Serán la vendedora, la modistilla, la dactilógrafa, la planchadora; las diversas muchachas a quienes la pobreza del hogar las obliga a trabajar. Es la dura necesidad del empleo modesto y doloroso, el eterno empleo, cómplice obligado del primer sufrimiento y del primer desengaño. Pero la juventud triunfante es una lucha de la incertidumbre apasionada. Hay que vivirla para descubrir el sabor de su belleza. El amor verdadero nunca llega sin el preludio ardiente de las lágrimas, como en los versos de Carriego.

LA MODISTILLA

Esta humilde mujercita que entró de aprendiza en el taller de costura es hoy una verdadera modista. Conoce el arte de cortar, el ritmo de hilvanar, la eficacia de la aguja y de la máquina. Es joven, hermosa y hechicera. Heredó la pobreza máxima, los padres inútiles, el hermano ocioso. Pero el hogar es honrado y hay que defenderlo. El trabajo ennoblece las virtudes. Así, ella, lucha desde la mañana hasta la noche cosiendo trajes y pegando botones. No tiene grandes ambiciones cerebrales. La dicha está en la conformidad aparente del calvario injusto. Vivirá en los barrios distantes o los conventillos céntricos. El ideal de sus sueños será un vestido precioso, las medias transparentes, los zapatos finos y el sombrero de estación. No importa la privación del alimento, ni la ausencia del dinero. Primero, le gustarán los bailes familiares; luego, los matinées en los salones; más tarde, el dancing y la cena furtiva. Los amores románticos y audaces son los más felices. Los es-

tudiantes y los hombres bien vestidos serán su conquista y también su perdición.

Las gráciles muchachas llevan el holocausto de la dicha vacilante y el infortunio cruel. No tienen más experiencia que la conversación de las amigas y los flirts iniciales. En la calle, las asalta el piropo y la mirada sensual. Ellas responden el halago masculino con la sonrisa burlona y la aventura complaciente. Los idilios viajeros, emocionan su espíritu. Aman los paseos crepusculares. Buscarán la sombra de las esquinas y la sombra de los parques para encender el fanal de los sueños. Pasarán los meses en la dulce espera del príncipe azul. Las novelas le darán la pauta de los romances deliciosos y los cinematógrafos, la sabiduría de la primera caricia. ¡Oh el encanto cómplice de los días domingos! La fuga mentida, la cita oculta, el beso amortiguado y largo. Sola, afrontará el peligro y sola, defenderá la virtud. La murmuración del mundo no la aflije. las relaciones y los vecinos son cosas que pasan en el recuerdo y la ternura. La verdadera vida está en el amor. Y por eso, ante su reclamo inmenso, ellas temblarán como una rosa, pensando de que no hay rosa en la tierra que no muera deshojada.

Las eternas modistillas del perfume alucinante y la primavera corporal, son la fantasía gloriosa del transeúnte. La adolescencia se marchita y la esperanza no sucumbe. Han sido las protagonistas de las efusiones sinceras y las plenitudes hondas.

Creyeron en la promesa de los novios y la dulzura de los besos. La enseñanza de la realidad es desconsoladora. ¿Qué queda del pasado? La caja de bombones, el ramo de violetas, la pulsera de oro, el anillo inútil. Recuerdos. ¡Vanos recuerdos de la fe absurda y el corazón marchito! Ellas se cansarán de la tarea de modista y llorarán la ausencia de los trajes nupciales. El destino es egoista por exceso de bondad. Evaristo Carriego, el poeta de sus dolores íntimos y sus desengaños crueles, sentenció la realidad de sus sueños en la amarga realidad de aquellas rimas:

Ni siquiera una novela empezada,
Quizá el idilio que duró un verano;
Hasta que una noche por buena y confiada,
Se cansó la novia de esperar en vano.

LA VENDEDORA

Siempre de pie frente al mostrador de la gran tienda, la joven vendedora atisba como un cazador, la llegada del cliente. Bajo el guardapolvo negro, la belleza de su rostro se transfigura; adquiere una maceración de sacrificio. Es el sacrificio de la intranquilidad perenne y el sosiego vedado. Teme al público exigente y al superior que observa. A ella le gustaría vender muchos artículos y demostrar al dueño su preocupación por el negocio. ¡Nada hay más triste que el resultado estéril de las cuentas! Y por eso sufre y se afana diariamente, mientras oprime entre sus dedos el talonario de ventas, el lápiz y la tijera.

¡Oh, la monotonía de la eterna obligación! Todos los días la misma penitencia de atender la gente. No conoce el reposo matinal, ni la delicia de las horas libres y tranquilas. Tiene que levantarse bien temprano, arreglar ligeramente su persona y huir en el tranvía al encierro comercial. Luego, el almuerzo frugal, el regreso, la libertad a la caída

del crepúsculo. Pero todo lo soporta por la necesidad y el deber. Es dichosa, vendiendo los adornos de la coquetería femenina. Ha disciplinado la sonrisa obligatoria, la gentil estrategia de imponer las compras. Así, risueñas y felices, sin aspiraciones ni exigencias, son la alegría de las tiendas, el donaire rumboso de las modas, el reclamo interior de las vidrieras.

En las calles de la ciudad, pasean la sencillez de su belleza. Saben llenar de animación el interior de los tranvías y las esquinas de refugio. Tienen el cuerpo esbelto, el rostro fino, la gracia sutil y picaresca. Leen novelas románticas y fraternizan con las heroínas que han muerto de amor. En los días de fiesta, van a un cinematógrafo o a un "picnic" familiar; en los días de trabajo tendrán un novio que las espera a la salida del empleo. He aquí cómo pasan el tiempo las modestas vendedoras; unas envejecen solas, otras se casarán. Mas la tienda sabe remediar los infortunios del destino, ofreciéndoles el consuelo de un hogar sin corazón.

LA DACTILOGRAFA

BELLA criatura, de gracia menuda y elegante. Luce, en la primavera de la edad, los trajes claros, los sombreros orgullosos. Ama la moda de los tonos fuertes, las sedas puras, el aroma embriagador de los perfumes. No le faltará un reloj pulsera, un collar de perlas, un ramo de flores en el pecho. Es culta, ágil y valiente. Nunca teme la soledad de los cuartos de oficina, ni el asedio indiscreto de los hombres. Llegará a su horario de trabajo, se quitará el sombrero y, ajustando coquetamente el temblor de los cabellos con sus manos blancas, ya la tenemos junto a su escritorio. Frívola y vanidosa, sabrá encandilarnos con sus ojos de estrella y su boca herida por el lacre de los labios.

Tocando el pianito de voces secas y uniformes, revela el arte de escribir a máquina. Copiará las estadísticas, los informes, las cartas. Inclinada y afanosa, su pensamiento está en no equivocarse. Termina las tareas y vuelve a comenzar. Siempre el mismo servicio, el mismo golpe de teclado,

la misma orden de consulta. Irá de un lado a otro, tendrá breves descansos, obligadas charlas sobre temas baladíes. Soportará la efusión galante o el reproche oficinesco y otras veces se quedará abismada por el recuerdo de alguna reflexión, mientras alisa el cabello suelto por el impulso del repique laborioso y cansador.

Ella también es la eterna protagonista de un romance ignorado. Las ilusiones truncas, el empleo fatigoso, la juventud perdida. La experiencia adolescente no tiene más consuelo que esperar. Y entonces, buscan el porvenir de la vida en el amor, el cariño fugaz de un estudiante o la promesa fiel de un pobre empleado. Nada las hará más felices que eso; cada aventura tiene el encanto del pecado salvador. Las palabras son la dicha; las flores, la esperanza. El "flirt" representa el único advenimiento de la felicidad ilusoria. Para cambiar la suerte y dejar de trabajar, no existe otra senda que la ingenuidad de la conquista. No dudemos que, para ese triunfo, la dactilógrafa cuida su belleza como una esfera de cristal. Ahora, de las manos que la toquen, dependerá la duración de la quimera.

LA PLANCHADORA

BAJO la lumbre eléctrica y el calor mortífero, las planchadoras amortiguan la frescura de la vida. En el taller sombrío, no tienen más halago que la respiración caliente del vapor, el cansancio y la sed. Traspirantes y agitadas, el rostro como una amapola, las pobres muchachas no descansan. El planchado de la ropa, las sacrifica en la tiranía del trabajo. El tormento metálico de estirar y asentar la blancura de las piezas, exige una profesión de santidad. Es el suplicio santo y milagroso del fuego que quema y purifica; la caricia que destruye o embellece. Por eso, de sus manos hábiles, surgen las duras formas del ropaje de vestir. Así las ropas humildes y suntuosas; de todos los sexos y todas las edades.

Estas muchachas jóvenes y hermosas son nuestras amigas. No las conocemos, pero saben expresar a través de la distancia su afecto cuidadoso y ejemplar. Anónimamente, prestigian la intimidad de la elegancia; la camisa brillante, el cuello duro,

el pañuelo blanco. Viven, esmerándose en conformar con su trabajo. Todos los días, su recuerdo es inevitable. Necesitamos su acción, su bondad, su inocente tolerancia. En las calles, su figura se evidencia por el canasto frágil o el atado amplio. Sobre la cabeza descubierta, ajustan el rodete de trapos para el traslado de la carga. Así marchan de las casas al taller y del taller a las casas. No se avergüenzan del servicio humilde ni del oficio triste. Están resignadas y contentas de vivir la vida. He aquí, por qué al verlas cruzar a la distancia el corazón se llena de ternura y piensa. Nunca mejor que en ellas la verdad de aquel viejo refrán de "ganarás el pan con el sudor de la frente".

Junto a la mesa de la tragedia cotidiana, las tiernas planchadoritas marchitan la alegría, la belleza, la ilusión. La pesadumbre del esfuerzo torpe las hostiliza sin piedad. Tienen el rostro pálido, los ojos húmedos, las manos quemadas por el beso de la plancha. El verdadero amor, significa para ellas un ensueño moribundo, el deshojamiento lento de un ideal injusto. Las que salvan la juventud del porvenir son un milagro. Bien pueden darse la mano con las empleadas de las fábricas y grabar en la dolorosa cosecha de algún mal aquellos mustios versos del poeta:

El taller la enfermó y así, vencida
en plena juventud, quizá no sabe
de una hermosa esperanza que acaricie
sus largos sufrimientos de incurable.

LA SIRVIENTA

¿QUIÉN no tiene para los quehaceres de la casa una sirvienta? Todos los hogares y todas las familias. La servidumbre es necesaria a la responsabilidad doméstica. El cuidado de los niños, la atención de los patrones, la limpieza de los muebles, el lavado de la ropa y el arte culinario, requieren la labor de varias manos. Además, es una razón humana y una ambición burguesa. Tener una persona a la voluntad de nuestras órdenes, halaga y satisface. El desayuno en la cama, la comida bien servida, los pisos brillantes, son detalles de la suerte desahogada. Hay en el régimen social, la vanidosa ilusión del amor propio, el indiscutible orgullo del servicio ajeno. Las circunstancias económicas, lo pueden todo. El despotismo del mando y el agravio de la carga. Por eso, las sirvientas, son dichosas o infelices. La duración de la ventura depende del carácter de los amos. Ellos juzgan la aptitud y la conducta. Y buena o mala, la usarán hasta el día que no sirva como una escoba vieja.

Las sirvientas tienen el culto de la mansedumbre trágica. Torpes o hacendosas, la virtud de su temperamento es trabajar. Trabajarán desde el alba hasta la noche. Ellas han establecido la categoría de sus méritos. Habrán niñeras, mucamas, cocineras, amas de llaves y damas de compañía. Distintos nombres, pero idénticos servicios en la obediencia y los mandados. Serán coquetas o sencillas, feas o hermosas. Les gustará los lindos trajes, los zapatos nuevos, las joyas de chafalonía. Usarán la melena y el vestido corto lo mismo que las niñas. El delantal en la calle no les gusta. Irán al mercado y al almacén, bien acicaladas. No importa que en el interior de las casas laven los pisos y las ollas; la cuestión es ocultar la profesión. Ellas son la confidente de la señorita enamorada o la patrona celosa, la fácil tentación de los viejos y los jóvenes. No tienen más estímulo que el salario y las propinas. Sus vidas humildes, son una elegía de la dicha infortunada.

Estas dóciles mujeres del servicio obligatorio, recorren los hogares sin temor, ni arrepentimiento. Viven la hora actual, sin pasado ni futuro. Los techos extraños, las casas distintas, los rumbos mudables, no las entristece. Están acostumbradas a las decisiones truncas. La única preocupación de su energía es trabajar toda la semana y el día de licencia divertirse. Tendrán un novio falso o un novio verdadero. Otras, el célebre pariente que las lleve al Jardín Zoológico o al Parque Japonés.

El amor hace olvidar los sinsabores. Ellas son las golondrinas en la vendimia de esperanzas. La travesía del mar fué el horizonte salvador. Ayer eran tímidas y hurañas y hoy, picarescas y expresivas. La rusticidad aparente, se embelleció de veras. Todo cambió bajo el clima y la distancia. El ideal de sus almas es ganar dinero. Criollas o españolas, la suprema victoria se va al matrimonio y a la Caja de Ahorros. En realidad, dos libretas seguras y dudosas en la vida.

HOMBRES

EL VENDEDOR DE FLORES

¿QUIÉN no ha buscado en el tumulto de las esquinas callejeras la cordial presencia del vendedor de flores? Todos: así para un obsequio galante, un homenaje familiar o un recuerdo íntimo. Aquel hombre extraño que nos ofrece la vendimia del jardín, representa la égloga del tiempo, la poesía del campo en la ciudad. El sabe cultivar el símbolo de la amistad y el amor, la literatura y la belleza. Ha disciplinado en la profesión absurda de su vida un negocio alegre y baladí, simpático y feliz. El destino de la flor es la esperanza de su dicha efímera.

En la acera, sobre un alto trípode la canasta humilde, subasta la resignación de su martirio: flores bellas, marchitas, deshojadas. La armonía floral es como un poema de la naturaleza moribunda. Vemos las rosas, las violetas, los claveles; los helechos verdes y los crisantemos pálidos. En los embudos de latón respiran los lirios tristes, los jacintos y los nardos. Más allá, se estrechan el tulipán

sangriento y el jazmín de nieve; la dalia azul y el geranio de ámbar. El moño fragante de las flores se destaca bajo la caricia destructora de las manos, para ir a morir, cual dóciles cautivas, en un jarrón de vidrio o un pecho de mujer.

Envuelto en el guardapolvo blanco, el vendedor de flores cuida su tesoro. Se embelesa en la contemplación pueril, las baña de agua, tiñe los pétalos de las margaritas y azucenas. Su fortuna está en el cliente viajero de la dama elegante, la niña hermosa o el hombre enamorado. El aviva el recuerdo de los sentimientos hondos y elegidos: el preludio nupcial, la ternura hogareña, la fatalidad irremediable. Gritará la alegría funambulesca de los ramos y el halago sutil de los perfumes. Discutirá el precio de las rosas y el color de las glicinas. Pero los humildes floristas son necesarios en el corazón de la ciudad. En su amistad de extranjero, sabremos encontrar siempre el lírico tributo para la mujer que amamos. Además, son los héroes de la aventura magnífica, ya que ponen en la curva gris de las esquinas la eterna ilusión de la primavera en el otoño.

EL VENDEDOR DE BARATIJAS

CUÁNTAS veces recorriendo la ciudad, no ha encendido la curiosidad de nuestros ojos, un insólito grupo de personas. Inmediatamente imaginamos que se trata de un accidente, un delito o un escándalo; mas la pacífica realidad nos desengaña. El abigarrado cuadro de la multitud entusiasmada, lo provoca un risueño vendedor de baratijas. Este buen sujeto, ha inaugurado sin temor la cátedra del parlamentarismo gratuito y callejero. Todos los días — a diversas horas — su profesión cartaginesa lo induce a gritar su desventura. Debe sostener el enigma de su vida, y he ahí el recurso extraordinario de la astucia para ganarse el pan honradamente.

Rodeado por el público expectante, el orador anuncia la utilidad de los artículos. Se pasea como un león, agita los brazos, levanta la voz y halaga la vanidad del auditorio. Tiene una elocuencia cómica y ligera. Sus palabras revelan la tortura del ingenio, la glosa vulgar del humorismo. En su

propaganda oral, concilia las razones más inverosímiles y los sucesos más desconcertantes. Hace el elogio de las grandes ciudades, de la civilización contemporánea, de las fábricas que enorgullecen el progreso mercantil. La prédica arrebatadora triunfa y la gente le tributa su demanda ocasional.

Los espectadores se renuevan y duplican. Ahora, el vendedor ha variado la sorpresa de su táctica. Quiere amenizar la tolerancia de sus prójimos y despierta las emociones pintorescas. El espectáculo asume una inquietud teatral, pues el extraño comerciante había sido también un gran prestidigitador. Hace algunos juegos malabares, es quiromántico y filarmónico bucal. La gente se aglomera a reir y a admirar la impavidez del corredor. Sin embargo, nadie lo critica. El actor gratuito es un entretenimiento de la farsa urbana. Así, él aprovecha para vender el anillo de oro, la corbata magnífica, el muñeco original, el peine irrompible, el quitamanchas estupendo. Todos sus artículos, tienen el reclamo de las grandes casas norteamericanas y alemanas. El público se convence y premia el esfuerzo del parlante. El vendedor de baratijas se ha ganado la simpatía y el dinero popular.

EL VENDEDOR DE DIARIOS

Es el grito del día y el canto de la noche. Tiene el misterio de la vida errante y la agitación tenaz. Su destino está en la ventura de las calles y la sugestión del periodismo. Vender diarios y revistas: he ahí la lumbre de sus ensueños. También asume el milagro de la felicidad terrestre. No le interesa el porvenir; le basta la evidencia del momento. Ya sea un hombre o un niño, mira con desprecio la vanidad del mundo. La pobreza es su fortuna, la salud su alegría. Purifica el sentimiento de la resignación completa. Y en ese consuelo de santidad interior, pasa las horas de la lucha trágica; llamando las monedas como un pastor de estrellas.

A la mañana, la tarde o la noche, su amistad desconocida es ineludible. Como verdadero retoño del siglo impaciente, ha establecido la curiosa agencia del conocimiento universal. Su patrimonio inverosímil tiene el desenfado de las grandes sorpresas: la emoción del corazón y del espíritu.

El nos trae el ritmo de la civilización, el secreto del mundo, la última noticia de la actividad social. Para el pasajero del tranvía, el señor del automóvil, la dama del coche y el feliz viandante, el diarero es un arquetipo de la quimera humana.

En las rumorosas calles de la ciudad estupenda, el "canillita" grita el muestrario del papel impreso. El anuncia el nombre, la novedad presente, la edición estable. De Norte a Sur, de Este a Oeste, recorrerá implacable en la propaganda bullanguera. Será el animador gratuito de la curiosidad intelectual. Yo los contemplo, todos los días, llevando bajo el brazo su obligación de educador. Porque el vendedor de diarios es un representante de la cultura pública. En la tarea generosa, nadie lo detiene. Ha celebrado un juicio de fraternidad elemental con las cuatro estaciones. Y así, jóvenes o viejos, los veremos agitar triunfantes en la huella errabunda de las calles el estandarte de los diarios como un ideal de paz.

EL ETERNO CRAINQUEVILLE

Se despierta con el alba y se trae al hombro el primer rayo de sol y la última estrella. Emigra de las quintas fértiles y los mercados sombríos, para recorrer el laberinto de la gran ciudad. No le fatiga la andanza, la lluvia, ni el frío. Tampoco la cosecha miserable del dinero. En el negocio vagabundo, está la esperanza de su vida obscura. Ama los barrios lejanos, los mismos caminos, los diarios marchantes, el eterno sinsabor de la venta y la demanda. Los menores detalles, son los más importantes. Es la hormiga del pueblo que acarrea en la bohemia matinal los fecundos productos de la tierra.

Con su carro enano, trota por los suburbios tristes y los lugares céntricos. Anuncia a los vecinos la calidad de las especies. Sobre el vehículo de carga, luce el zapallo de oro, la sandia escarlata, el melón exangüe. Allí, los duraznos, las manzanas y las peras; las naranjas, las bananas y los higos. También el ananás hirsuto, la bomba del coco, la granada herida y las uvas rubias y enlutadas. Lue-

go, el repollo amenazante como un puño cerrado y la coliflor abierta como un hongo de marfil. Al lado de las patatas de color ceniza, la escarola y la lechuga, amortiguan su cabellera de hojas crespas y alisadas. La cebolla es una perla, el rábano un záfiro, el tomate un rubí. Entre el perejil cribado, el ají violento y las esquivas habas, el puerro ajusta sus canutos de siringa. Y así, toda la fruta y toda la verdura.

Al borde las veredas de las casas, el eterno Crainqueville, inmoviliza el ocio de la suerte. Tiene el saco en hilachas, los botines roídos, el cabello largo, el sombrero sucio. Es el amigo humilde y fiel de todos los hogares, porque reparte la felicidad del alimento cotidiano. Peregrino como un gitano, arrastrará la carga del célebre carrito. Devanará distancias, fumando su pipa o tarareando una canción. Sufrirá el rigor del tiempo por la conquista del centavo; perderá las horas por vender las cosas. Las graves patronas, las risueñas sirvientas y las cocineras, serán las esclavas de su acción profícua. Alegre o triste, él sabrá sonreir a la clientela y fascinarla con su parlamentarismo chabacano. En la experiencia diaria, el obrero y el vigilante son su amigo y enemigo. Mas la inspiración verbal y el sometimiento tácito, le dan la filosofía de la dicha. Y por eso, dócil o altanero, su figura cervantesca, trazará en el agua - fuerte de las calles, la misericordiosa alegoría del personaje inmortalizado por Anatole France.

EL AGENTE DE POLICIA

EL agente es la interrogación de la ley ciudadana. Lo define su gravedad de estatua y el signo gramatical de su varita. Representa en el torbellino de las calles, la disciplina temible del orden y la fuerza. Severo o risueño, débil o atleta, su unidad es la sombra de la garantía pública. A su voz, obedece el ritmo del tráfico y la gente. Es la guía maravillosa del régimen social. Su voluntad inexorable, encarna el sabio equilibrio de la justicia humana. Ahora, en la conciencia del deber, estará el principio de la multa o la prisión, de la legalidad o el abuso, de la salvación o el sacrificio.

Bajo el uniforme azul, el casco reluciente y las polainas negras, el vigilante adquiere la personalidad de la amenaza. Lo acrecienta el revólver a la cintura y el terror de las esposas. El fiscaliza la actitud ajena, el rumbo del carruaje, la moral de las costumbres. Es el vigía del pueblo sumiso y resignado. En la tarea penosa, el día y la noche le gritarán su angustia. Sufrirá el fuego del estío y la

nieve del invierno. Nada es más doloroso que el largo plantón de la observación perenne. El sueldo, no estimula la tristeza del martirio. Pero el cargo policial señala sus ventajas. El tendrá el privilegio de la obediencia unánime y la cortesía mundana, pues, demasiado comprende cuán vana es la perfecicón del hombre para llegarse a gobernar a sí mismo. La cultura humana es un niño que todavía está en pañales.

En los diarios episodios de la farsa urbana, su existencia es un consuelo. Un accidente, un robo o un crimen, tendrán el auxilio bienhechor y oportuno. Podrá ser un mal padre, un cruel esposo o un soltero sin gloria, pero su espíritu trasunta la serenidad de la justicia. El atributo del poder es la defensa. Administrará la cordura del derecho y la libertad de la razón. Será el generoso amigo del pobre y del rico, el galán de las mucamas y el señor del almacén. El agente de policía es el hombre necesario en la seguridad de la vida. Su anónimo heroísmo, tiene la belleza de las grandes acciones. Combate el desorden, castiga al bandido, persigue el ladrón y salva al inocente. Sin embargo, no olvidemos que el feliz mortal de la autoridad tremenda, suele equivocarse algunas veces. Mas entonces, el único remedio queda en la experiencia de las víctimas. La ley es infalible y nada hay más difícil que interpretarla con la fuerza.

EL CANDIDATO

CADA vez que se acerca una lucha electoral, la ciudad adquiere una emoción inusitada. Los comités se llenan de gente, las calles de oradores, las paredes de carteles. Las manifestaciones cívicas, cultivan el fervor del entusiasmo, las bandas, la vibración de los clarines, las muchedumbres, el tumulto de las voces. La hora de la justicia envalentona el derecho democrático. Los bandos políticos, purifican la virtud de su evangelio. La salvación nacional está en el comicio, el caos del porvenir en la derrota. Hay que apoyar la sinceridad de los programas.

La convención de los partidos, proclama la señal del candidato. El feliz mortal, batallador y sumiso a los ideales doctrinarios, será el representante de la soberanía popular. Aunque el pueblo no haya intervenido en su elección, deberá consagrarlo con su voto. Lo aceptarán todos los correligionarios y lo combatirán todos los enemigos. Pero al nuevo personaje no le aflije el descontento

electoral. El será el relámpago o el trueno, la claridad o el ruído en la caza de acólitos. Ya lo vemos, encaramado en todas las tribunas, gritando la belleza de su credo y la moral de su conciencia. Es el hombre ejemplar, sin defectos, ni ambiciones. El pueblo lo contempla embelesado y a pesar de la dolorosa experiencia del engaño, lo sigue como un ciego al lazarillo.

En las esquinas de las calles o en el centro de las plazas, el nuevo candidato reclama la atención del elector. Interroga los espíritus, agita el pendón de las reivindicaciones cívicas, hace el ditirambo de la egolatría política, grita la esperanza del beneficio igualitario. El público ocioso y resignado, escucha al orador. Lo premia de aleluyas y vítores. La muchedumbre se entusiasma poco a poco. El varón milagroso ha llegado en carne y hueso. Allí, lo tienen, frente a las miradas. El flamante candidato, defenderá la verdad y la justicia, en la sociedad no habrá más pobres, ni ricos: todos serán iguales ante el derecho de la ley. Tendrán empleo los perezosos y benéficas huelgas los obreros; las viudas su pensión y los maestros su cátedra. ¿Quién duda de sus promesas bienhechoras? Nadie. Ya lo prueba el aplauso resonante y la obediencia absoluta del creyente. Sí, el nuevo conductor de pueblos es un patriota heroico. Hay que elegirlo, sin dudar, para así, salvar la esperanza burocrática y el porvenir institucional de la República.

EL JOCKEY

NUNCA hombre alguno ha recibido tantos aplausos como un jockey de carreras. No importa que la resonancia se apague de inmediato y la posteridad lo olvide para siempre: basta el hecho lisonjero y orgulloso del instante. En todos los grandes acontecimientos hípicos, su pequeña figura es la centralización de las miradas. En su experiencia ágil y ligera, está la suerte del triunfo y la derrota. Montado sobre el caballo veloz, de largo perfil y pelambre reluciente, el jinete luce los colores gloriosos del stud. El circo de la hazaña es la pista del Hipódromo. El tomará parte en los grandes clásicos y los handicaps comunes, Correra caballos, potrillos, yeguas y potrancas. Tendrá el animal invicto y el enemigo fatal: la meta del beneficio y de la ruina. El pronóstico es su lanza y la fija el escudo. Pero vencedor o vencido, su vida, mantiene el símbolo de la esperanza humana y los bolsillos exhaustos. La multitud lo

ama y él sabe, cuando quiere, conquistar la victoria y ganarse los premios.

El desfile de los productos, se inicia en el disco de batalla. Aparecen los caballos y los jockeys. Los adversarios unidos, pasan frente a las tribunas. Brillan las chaquetillas polícromas y las botas de charol. La expectativa pública los alienta y aclama. Ellos gozan la efímera dicha de los votos felices y las miradas hondas. Las cotizaciones marcan la vendimia favorita en las pizarras. El reloj señala la hora de la prueba. El reglamento se cumple. Los brutos se alínean a la orden del starter. Se levanta la cinta y la carrera principia. Ahora se revelará el training del cuidado y la aptitud de los pilotos, la resistencia orgánica y la velocidad admirable. Los aficionados han jugado millares de boletas. La emoción del éxito, se extiende en la muchedumbre rumorosa. Una nube de polvo cubre a los jinetes y los cascos devoran los tramos de distancia. La apuesta se termina en el mundo del turf, mientras el crack revela la silbatina o el aplauso.

Este hombre singular, de cuerpo de avispa y látigo sonoro tiene el impulso del viento dramático. Agachado el busto y las riendas sueltas, él sinfoniza el clamor del alma popular en la gráfica música de la empalizada blanca. Los recodos se van, el disco concluye y la línea de las metas, es cuestión de minutos y segundos. Verdaderos rivales de las lejanías veloces, el orden de llegada, inquie-

ta y desespera. La cátedra los espera con el premio o el fracaso; los cronistas sportivos con el halago o la censura. El jockey es el signo de la disconformidad absoluta. Hoy ganará para unos y mañana, para otros. La fortuna durá igual que su edad. El reglamento lo ha sentenciado al martirio de la ley. El nos da la alegría o la tristeza de las performances. La experiencia funesta, a nadie escarmienta. La humanidad, prefiere la escuela del vicio y por eso, se ha adiestrado con la sabia inteligencia de los peligros gratos y crueles que proporcionan los jockeys.

EL CARTERO

El cartero es la incertidumbre silenciosa de nuestras esperanzas. Su presencia cotidiana, nos alegra o entristece. El trae la noticia querida o la noticia trágica. Es un mensajero inocente del destino. Su visita fugaz en cada puerta, aclara o nubla el cielo del espíritu. El reparte las voces de la ausencia, la carta que amamos, la emoción de la dicha o la desgracia. Aquel sobre, grande o pequeño, que recorrió las distancia de la tierra y el mar, encierra el eco mudo y expresivo de los afectos lejanos. En el vuelo del tren o la marcha del vapor, pulsa el misterio del silencio y del ruído. Sufrió la opresión de las bolsas atadas para traernos el consuelo del recuerdo vivo. El cartero no sabe el tesoro de los símbolos escritos. Ajeno a la realidad de los orígenes, él sólo trata de cumplir con su deber.

Este buen soldado de la disciplina epistolar, nunca olvida la responsabilidad de su carrera, el orden

y el honor de la misión. Usa traje de brin o paño azul, según las estaciones cronológicas. Tiene el kepí arrogante, una enorme cartera e insignias de oro como un militar. El desasosiego de la andanza es su tarea. Camina a la mañana, a la tarde, a la noche. Visita todos los hogares, los palacios regios, las casas humildes, los comercios, los escritorios. El hace sonar los timbres, golpea las puertas y grita su nombre para entregar la sorpresa del correo. Su amistad cotidiana es indispensable. La inclemencia atmosférica, no lo desanima en sus propósitos. Anónimo heraldo de las memorias gratas o fatales, la voz de su llegada nos cautiva el corazón. El representa la epifanía de la distancia geográfica y la revelación de los sentimientos misteriosos y deseados.

Nuestra ciudad, se anima con el ejército blanco y azul de los carteros. A todas horas del día, los veremos con la carga múltiple y valiosa. En su mano desnuda, se oprimen las cartas, los folletos, los diarios y revistas. El lleva la quimera desconocida y elocuente de la actividad social, el pensamiento noble o mezquino de la inteligencia humana, la compleja voz del universo. No reclama el ascenso, ni la fatiga pedestre. El espera la ecuanimidad de la justicia, él sabe que es un animador de la civilización contemporánea. Extraordinaria guía del conocimiento callejero, sabrá todos los nombres y todos los destinos. Los carteros, modestos emplea-

dos del sueldo mínimo, son las avejas de la colmena espiritual que reparten sin querer el acíbar o la miel. Es el hombre simbólico que en la oficina rumorosa del correo, ha sellado la estampilla de la nación con el pentagrama secreto de la vida y de la muerte.

EL MUSOLINO

ESTE extranjero robusto, que con la pipa en la boca y el cepillo y la pala en las manos, cuida la limpieza de las calles, es un hombre feliz. Vive la vida más simple y más hermosa. No le preocupa el destino cívico, ni la desigualdad social. Ciudadano del siglo moderno e incrédulo, ha reflexionado que la mejor obra del mundo es no hacer nada inmortal. La acción gloriosa, provoca la fama y la fama trae la envidia y la zozobra. ¡Qué mejor suerte que la tranquilidad absoluta! He aquí porqué nuestro amable "musolino" renunció el problema de las ecuaciones difíciles. Las calles son el ritmo de su entusiasmo satisfactorio y algebraico. Es un espectador elocuente de todos los sucesos sin elocuencia diaria. Ríe de la lluvia y ríe del calor. Tiene el cortejo de las moscas y la ovación sonante de los papeles rotos. Verdadero hombre de la felicidad metódica, su única tarea es llenar el vientre de su carro de lata.

El atravesó los mares como un buen inmigrante y en lugar de las faenas rurales, prefirió la buro-

cracia de la ciudad cosmopolita. Un empleo de barrendero es un porvenir asegurado. Le corresponderá gratis el uniforme limón, la gorra floja y la chapa numérica. La andanza perenne está garantizada por los botines recios. El vecindario y las calles, necesitan sus servicios especiales. Dueño absoluto de la higiene, será el terror de la basura. Recorrerá las cuadras, mirando el pavimento y las veredas. Un desperdicio, un diario sucio, una mancha de agua, desaparecerán bajo la energía de su limpieza exacta. ¿Qué más quiere el hombre del bigote enorme y el toscano agresivo, de la resistencia valerosa y el optimismo agudo? Nada, sino el libre reinado del imperio urbano y la sonora exhibición de su profesión municipal.

Los barrios céntricos, destacan la silueta inconfundible de sus vidas andariegas. Son bonachones, curiosos y discretos. A todos miran, pero a nadie hablan. El único amigo de confianza es el vigilante. Tiene el secreto de la opinión sensata, la sabiduría provechosa de no discutir. Está acostumbrado al tumulto y a la calma. Esclavo de la obligación, la noche y el día, los sentenció a la tarea activa y desdeñosa. Pero la férula de su dicha sobrepasa la humildad. Nada hay penoso, cuando el trabajo es honrado. Además, la desigualdad de los oficios, resume la ley justiciera de la vida. La cuestión es ganarse el pan y hacer economías. El barrendero lo sabe y como buen filósofo, piensa que la América se realiza de acuerdo a la aptitud y el apetito.

EL CANCERBERO

LA ciudad exigente ha creado al portero. Es el malestar del inquilino y la salud del propietario. La odisea dolorosa del trabajo le ha revelado el secreto parabólico: la casa gratis, la vida tranquila, la ociosidad fecunda. Sin ser juez, será temible; sin ser rico, cobrará dinero. En la interpretación absurda del derecho, el hombre desconocido se transforma. Para unos, camarada; para otros, enemigo. A su voluntad maravillosa, girará el orden de las casas, la moral de las familias, la rigidez del alquiler. ¡Quien no retribuya su labor obligatoria, cosechará el sinsabor de la injusticia! Así, el matrimonio honesto, el soltero galante, la artista casquivana, el viejo alegre y el pobre adolescente. Implacable cancerbero, azuzará en su guardia los lebreles de la paz o de la guerra.

A la mañana, la tarde o la noche, su presencia es un interrogante en la puerta de las casas. Fiscaliza la entrada de la gente, el reparto de las cartas, el lujo de los trajes, el rumor de las palabras.

Sin ser moralista, estudiará la virtud de las costumbres, el decoro de los nombres, la profesión y el trabajo ciudadano. Su aptitud admirable de pesquisa asombra y desconcierta. ¿Queréis conocer la historia de una vida?, acudid al portero. El dirá el secreto del honrado y el abolengo del farsante. Verdadero polizonte familiar, impondrá la disciplina del silencio o del escándalo.

Los porteros son los seres más felices del mundo. Han conquistado la estabilidad del presupuesto y el ideal de la vivienda, el sueldo fijo y la casa gratis. Barriendo los pisos, limpiando las escaleras, manejando el ascensor, su existencia consume el interés de las propinas. Será galante o descortes, tolerante o agresivo. Tendrá una esposa gorda, los hijos fuertes, el porvenir seguro. ¿Qué más puede exigirse al señor de la bohardilla? Nada, sino las gracias al destino que ha puesto en el refugio de sus manos las llaves de la administración inmobiliaria. Nuevo San Pedro de la tierra, él nos franquea la puerta del hogar donde debemos vivir para morir.

EL VAGABUNDO

SENTADO en un banco de la plaza o errando por el torbellino de las calles, el vagabundo es un filósofo de la civilización moderna. No le preocupa el amor, el porvenir, ni la fortuna. Ha renunciado al trabajo, y vive el cansancio de no hacer nada. Así, solitario y triste, cruzará el espanto de su interrogación anónima en medio de la ciudad dorada. Mirará la feria de las luces, el tumulto de los teatros, la belleza de las mujeres, la elegancia de los hombres. De todos los deseos, ninguno lo conmueve. Ha perdido el don de la alegría, la ambición de creer, el entusiasmo de vivir. Huérfano de la realidad mundana, nublará sus ojos crédulos con el oscuro llanto de la ausencia.

El vagabundo es el revolucionario del siglo. Borra el sello de la estirpe, de la sociedad, de la patria. Trasfigura el atributo del destino humano en la renunciación definitiva. ¡A qué luchar, si todo es nada! Es sacrificio el vivir y es sacrificio

el morir. El hombre ha comprendido que la felicidad del mundo ya no existe. Lo sabe por el consejo de la noche y la experiencia del día. Y así lo afirma y lo demuestra, frente a la justicia de las leyes, la piedad de los templos, la grandeza de los palacios, el lujo de las tiendas, la placidez de los hoteles, la vanidad de las joyas y la sabiduría de los libros que duermen en las grandes bibliotecas.

Este peregrino viejo y miserable, tiene el enigma de las crueles tragedias. No ríe, no protesta, no implora. Es una incertidumbre del dolor rodando por las calles. Ni la humillación, ni el desprecio lo torturan; se contenta con el vagar indiferente. Algunas veces, leyendo un diario o disfrutando un mendrugo, lo veremos alejarse como una maldición. Y entonces pensamos: quizá busca el reposo del sueño o de la muerte; quizá la marcha lo llena de tristeza. Habla a solas. Parece que reniega de la suerte. La desgracia del vagabundo es un castigo. El mundo no es justo. Falta la ley de la fortuna. Al hombre sin trabajo no le queda otro camino que robar y así, vengarse de lo que le negó la vida.

EL PAYASO

MÚSICA de feria, suenan los tambores y aparece el pasayo. Sale con la cabeza forrada, blanqueado de harina y la boca rota. Usa una corbata burlesca, el sombrero agudo, los guantes fúnebres. Saluda, grita y corre. Dice las cosas más ingenuas y realiza los ejercicios más audaces. Su cuerpo es un ritmo de emociones violentas. Tiene el salto elástico y la caída brutal, la comedia de la risa y el drama del dolor. El recurso de su gracia múltiple, está en el contraste de la pantomima inverosímil.

Nada hay más triste que la obscura vida del titiritero y la parodia obligada de la farsa. Su destino es una eterna carcajada. Todos los días y las noches, deberá alistar su espíritu para la prueba interminable. El subirá al trapecio, rodará por el suelo y ofrecerá la mejilla para el agravio resonante. Hará reir la infancia y la senilidad. Será la burla del atleta y de la plebe. Ayudará a doblar las alfombras y jugará con los alabardas del circo.

Los espectadores son muy exigentes. El juicio de la psicología popular, no admite el infortunio del pasayo. El bufón del alma humana, debe regocijar a todas horas la terrible ávidez del humorismo universal.

Este cómico moderno y resignado, cuya vocación profesional es amenizar la inconsciencia de sus semejantes, tendrá alguna vez un monumento. Los niños, serán los primeros en ofrecer su óbolo entusiasta. El inefable placer de las emociones puras, merece un holocausto justiciero. Es el holocausto frívolo y piadoso por quien supo despertar en la infancia la sana placidez de la sonrisa. El payaso que repartió a manos llenas los confites de almidón, los globitos inflamados y los juguetes de papel, deja en cada generación un recuerdo de ternura. No en otra forma, se pagaría la deuda de aquel hombre optimista, que con el traje extravagante y el sombrero cónico, cosechó el primer aplauso de los pequeños y el postrer sentimiento de gratitud de los viejos.

EL CHANSONNIER

LOS empresarios de teatros como buenos psicólogos, conocen el lado débil del público y la moda. Ellos, saben que el éxito de las anuales temporadas, depende de la novedad del espectáculo. Un programa invariable es un fracaso. La ganancia está en el recurso cautivante. El monstruo de mil cabezas, exije la renovación conformadora. Todas las cosas serán buenas siempre que cambien de nombre y tengan el rótulo extranjero. He allí, el misterio de la satisfacción vana y costosa. Así, existió y triunfó la famosa tonadillera desterrada. ¿Qué se hizo la reina del salero y del couplet? Desapareció a tiempo, como deben desaparecer los adornos graciosos y postizos. Mas entonces, se pensó en el reemplazo. La solución del problema fué sencilla. Se cambiarían las costumbres y los sexos. El mal tenía remedio y surgió la cantadora de tangos y el desconocido chansonnier. Se fué la mujer de amplios vestidos y brillantes peinetones y vino el hombre de ajustado traje y cabello engo-

minado. El descubrimiento había triunfado, el reclamo era magnífico. Al bizarro ídolo español, sucedía el galante ídolo francés.

Hemos entrado al teatro. El telón se levanta y por el foro luminoso, aparece el hombre extraordinario. Viene solo o acompañado. Trae la disciplina de los pies veloces, el cuerpo elástico y los brazos ágiles. En sus manos, brilla el bastón enorme y el sombrero airoso. La música inspira su acrobacia. El inventó la danza epiléptica, el paso de avestruz, la mimodia agónica y la andanza en cuclillas. Ríe, salta y grita. El desasosiego infernal, lo conmueve. Simula la quietud romántica y el sobresalto agudo. Luce los zapatos flamantes, el traje impecable, el rostro amable y burlón. Tiene el mohín picaresco e inocente. Las raras bambalinas son el marco de su gracia. Enseña el baile caprichoso del ruído y del silencio. El número de sus hazañas, electriza la multitud asombrada. Las mujeres lo miman y los hombres lo envidian. Es el mimo y la envidia de los recursos pasajeros y mentidos. Nada dura en el hechizo del señor inimitable. La conquista de la elegancia visionaria, no existe sino en el blanco de la estrategia teatral.

La habilidad del chansonier es desconcertante. Del baile fantástico pasa al canto admirable. Modula la voz con perfección artística. Las dulces coplas de los países exóticos, se despiertan en sus labios agitados. Finje el rasgo tímido y audaz, la emoción virtuosa y casquivana. Abandona el

desparpajo de la presencia solitaria y reune el coro de las gritonas bataclanas. Las mujeres pintadas, serán la madeja de sus caprichos armoniosos. Repetirán la dulzura de sus cantos, el movimiento de su sombra y dócil prisionero, lo encadenarán en los brazos. Será el ídolo magnético de la fantasía coreográfica. He aquí, porque su profesión lijera se han centuplicado y hoy día, aparecen por todos lados, nuevos y elegantes chansonniers. Bailarán, revelarán sus aptitudes y cantarán, sino canciones extranjeras, el ilustre tango criollo. Es una debilidad artística que amenaza el mismo porvenir de las tonadilleras. Pero el ideal es tentador y delicioso. También a quién no le gustaría ser el dandy de la escena y el platónico seductor de las miradas femeninas.

EL EMPLEADO PUBLICO

HE aquí el modesto servidor del Estado. Es un hombre joven o senil, alegre o melancólico. La experiencia de la felicidad y el infortuio, acusa los semblantes. Allí están los ciudadanos del sueldo ínfimo y enorme, del trabajo ocioso y verdadero, de la responsabilidad sencilla y complicada. Allí, los que recorrieron el calvario de la recomendación y los que llegaron al puesto sin fatiga. La burocracia tiene una voluptuosidad engañadora y caprichosa. Atrae, seduce y anula la voluntad más irreductible. En efecto, ¿quién no prefiere la cómoda prisión de las seis horas a la ruda vagancia de la propia iniciativa? ¿El pago seguro al esfuerzo problemático? Los casos de la emancipación son excepcionales. El hombre que consigue un nombramiento, resuelve el problema cotidiano. La remuneración y la categoría no interesan. El vivirá la existencia a sueldo fijo y renunciará a los vaivenes de la lucha. Las tareas livianas y gentiles serán la ejecutoria de su acción; el informe de ex-

pedientes, el trámite de papeles, la atención del público. En esa actividad obligada y sedentaria esperará, tranquilo, el ascenso estimulante o la jubilación forzosa. Será el hombre siempre pobre y resignado. La ilusión de vivir está en el recurso de las rentas fiscales, en el invariable amor del presupuesto. También si no fuera ese maravilloso cuerno de la fortuna nacional, los funcionarios y el gobierno dejarían de existir.

Estamos en una oficina pública. Son las 12 del día. Los empleados entran presurosos y firman el libro de asistencia. El horario es inexorable. El personal se saluda y se ubica en el lugar de los quehaceres. Relucen los portaplumas, los infolios y las notas. La cárcel de las piezas se llena de ruído, se abren las ventanillas y las puertas, aparece el ordenanza, y luego el público. Todo el mundo habla, trabaja y descansa. Algunos toman café; otros fuman; otros ríen. Se escuchará la eterna protesta de los falsos méritos y las obligaciones legales. Habrá víctimas y verdugos, buenos subalternos y crueles superiores. Nadie está conforme con la suerte; la envidia es un contagio de batalla. Sin embargo, la filosofía disolvente no alarma la existencia de los cargos. Resignados y rebeldes, se comprenden. Las oficinas han sido hechas para el cumplimiento silencioso del deber. Así lo prueba el joven airado y elegante, y el viejo miope y calvo. La prosperidad de la situación administrativa hay que buscarla en las vinculaciones y palabras. La

política de los políticos es la única ley de la carrera. Fuera de esa verdad, la justicia no existe en el destino del empleado.

¡Oh, los años de la obligación idéntica y penosa! Las mismas oficinas, las mismas caras, los mismos muebles. ¡Cómo olvidar el largo suplicio de las mañanas aceleradas y las tardes prisioneras! El hombre enérgico y optimista, se ha vuelto triste y perezoso. Gastó los mejores años de la existencia pródiga en la actividad monótona y estéril Quizá no pudo casarse nunca, o, por el contrario, se llenó hijos. La necesidad se unió a la fatalidad. El mundo no fué suyo. Allí está la herencia de las principales acciones del servicio oficinesco: expedientes, informes, escritos. Desfila la historia de los nombramientos, los ascensos y las jubilaciones. Una vida trágica y absurda. Meses perdidos, semanas borrosas, días de halago o de martirio. Para conquistar la dicha huraña, algunos fueron jugadores, y otros cayeron en las fauces de la usura. La protección ecuánime y legítima no alumbró las sendas del destino. El sueldo del trabajo fué un consuelo del engaño incomprensible. El empleado público pertenece a la oficina, como el invariable servicio del café con leche. No puede ser nunca un hombre libre, sino después de las seis de la tarde, hora propicia en que el horario le dice: goza y sé feliz, que la vida comienza igualmente mañana.

MUESTRARIO

EL TANGO

BUENOS Aires sufre el vértigo del tango. Es el sentimiento ambiguo de la embriaguez suprema y la lucidez armoniosa. El alma popular ha creado la maravilla de la inspiración sensible. El ritmo musical es el ritmo de la psicología humana. El ideal de la materia y el espíritu vibra en la emoción de los sonidos. En verdad, el baile y la música del tango concentran el arrebato de los grandes pecados y el sacrificio de las grandes virtudes. El placer y el dolor han teorizado el encadenamiendo de la vida jovial y taciturna. La historia del recuerdo se desangra en la nostalgia matadora. Todo lo expresa la confesión del bandoneón, el instrumento inequívoco de la desesperanza, de la ardiente tristeza mediterránea. Es el animador del tango lloroso y apagado. Tiene el fuelle de la respiración medida y la fatiga de la turbulencia incierta. Nadie como él para torturar el acento del amor callado y las ansias de llorar. Es el poeta de las sensaciones

fugitivas que no tiene miedo ni piedad para aventar el soplo del corazón vacío.

El tango es el señor de la melodía ciudadana. La nacionalidad inconfundible, resuena en todos los lugares del esparcimiento público. Sonará en el palco de los cinematógrafos, en las revistas de los teatros, en el comedor de los hoteles, en las orquestas de los cafés. Hay un verdadero delirio por la quejumbre de esa música sensual. Ella insinúa la placidez del ocio, el fervor de la pasión, el misterio del suburbio, el drama de malevo, la ilusión de milonguita, la trágica decadencia de las vidas oscuras. Los mismos nombres de las piezas bautizan una predestinación distinta y temeraria. La mujer que canta o el hombre que baila, las parejas violentas y apretadas, retratan el fatamorgana de la felicidad imposible. El verso procaz y la coreografía lúbrica son el numen de la sugestión completa. La voz de la canción azuza el instinto de la actitud inarmónica, la aventura del compadre, el terror del arrabal. La evocación sensitiva es conmovedora: el fantasma del hogar maldito y la deshonra callejera. Sin embargo, nadie contradice la memoria del dolor, porque en el fondo de cada tango se enrosca la serpiente de la misma tentación.

Pero ahora, frente al avance de la música extranjera, no reflexionamos más, porque el tango ha opuesto la hombría de su acento criollo. La lucha es indómita y perenne. La difusión guerrera se expande en la ciudad. Las orquestas típicas, los pia-

nos familiares, los fonógrafos de barrio y las antenas de la radiotelefonía proclaman el éxito de la rivalidad insuperable. Ya se ha borrado la herencia del candombe para crear la fantasía de la herencia arrabalera. A la reminiscencia perezosa se ha unido la evolución febril. La danza originaria tiene la malicia de las pasiones turbadoras. Interpreta la eterna comedia del reclamo suplicante y pérfido, cobarde y traicionero, mentiroso y adulón. Es la elegía doliente y risible de la farsa humana. Pero, a pesar de todo, el tango matiza el aburrido poema de la vida inútil. Tiene la armonía compleja de los besos y las lágrimas. El atributo lírico es un romance del amor común. Si no fuera así, el alma del suburbio no habría triunfado tan rotundamente en el corazón de la ciudad.

EL JAZZ - BAND

Los norteamericanos están conquistando el mundo por medio del jazz-band. Esa música de negros, exhumada en Nueva York y triunfante en París, Londres y Buenos Aires, tiene el sortilegio de las conquistas unánimes. Todos los pueblos y todas las ciudades. ¿Por qué esa victoria? Sencillamente, porque el ingenio de una raza fuerte ha sabido descubrir el secreto de la tristeza humana. El mundo se aburre y es necesario entretenerlo. De ahí el recurso de la alegría remota para sacudir el tedio de la civilización moderna. Las costumbres se renuevan y los ideales perecen. Vivimos la hora del amor frenético y absurdo. La quietud nos anonada. Hay que buscar un descubrimiento bienhechor. El jazz - band es el éxito de la aspiración nerviosa. Por eso, somos los dóciles esclavos de los habitantes de Honolulu que han desparramado al viento el hechizo de su armonía secular.

La troupe de color ha recorrido América y Europa, agitando el estruendo de la rebeldía musical.

El arte negro es la fuerza de la inspiración dinámica. Peregrinan comerciando la industria del ruido y la emoción, el triunfo de la melodía extravagante sobre el arpegio clásico. El atavismo de la selva renace en la molicie del acento primitivo. La burla del canto y la danza, el pánico de la voz y el movimiento. Es así como ante la apoteosis del espectáculo ancestral las pasiones se desatan y surge en la imaginación ardiente la fantasía voluptuosa de los trópicos. Evocaremos el romance de las tribus a la sombra de los cocoteros y los plátanos, perfumados de vainilla y de canela. Así, la leyenda de los países cálidos y el bautismo creador de la pantalla fotogénica.

El jazz-band ha triunfado en los espíritus. Nos halaga, nos seduce, nos domina. En todos los espectáculos de nuestra ciudad vibra el estremecimiento de su percusión diabólica. Las orquestas de los hombres blancos o los hombres de color, martirizan el desenfreno de la vehemencia resonante. Es el caos del sonido múltiple: la voz y el grito, la risa y el silbido, la pirueta del clown y la mímica del simio. Todo nos convence y entusiasma. La gente necesita divertirse. El ejemplo es decisivo: mientras come, danza o bebe, o cuando asiste al teatro, al biógrafo o al café. La emoción de la vida está en la música. Además, el jazz-band despierta el misterio de la sensualidad dormida. He aquí por qué el grupo de los titanes filarmónicos sabe apoderarse de nuestra debilidad y simpatía.

EL CABARET

MEDIA noche. Ruido, iluminación, alegría. En el salón se arremolinan las parejas; a los costados, las sillas alargan su reposo; al fondo, dos orquestas puntualizan su unidad instrumental. Las flechas del reloj, matan las horas; las charlas del instante, escandalizan. En el antro cálido y maligno, flota un vaho de perdición. Hay rostros lánguidos, pecadores y burlones. Mozos que corren, gente nueva que llega, inquietud general en las miradas. Sobre el níveo mantel de las mesas, los baldes de plata, destacan el naufragio del champagne. La ebriedad es necesaria. De pronto, la batería del jazz-band abre el impulso de su estrépito y la danza gira como un trompo.

El cabaret es la diversión más absurda y melancólica, porque tiene el ambiente falso de la clandestinidad. Ya no existe el peligro del insulto, ni el disparo del revólver. Ahora, el programa de la fiesta, resume otro propósito. Representa la risa del dolor y el dolor de reir. Está ausente la since-

ridad del regocijo y la emoción de la belleza. Se lo advierte en el cansancio del hombre autoritario y en la tristeza de la mujer vencida. Mientras la música suena, cada uno se expande a su manera: bebe, canta, grita o ríe. El bullicio insólito y el frenesí sensual, revelan el sentimiento dominante de la orgia. Todo es contradictorio y deleznable: el amor, la embriaguez, la alegría. En el festín del vicio, la moral humana sacrifica la ecuación de sus parábolas.

Indudablemente, el cabaret tiene la fascinación de los grandes pecados que se gozan a hurtadillas. Para la juventud es una conquista y la vejez una victoria. Quien no asiste a su aparente perversión erótica, no justifica la experiencia de la vida. Hay que pasar malas noches, para merecer el atributo del hombre calavera. Las caras color de tiza y las bocas pintadas, son el hechizo de la fantasía nocturna. Bajo esa leyenda de la aventura viril, el torbellino de la orgia nos consuela. Hace olvidar el hastío angustioso del dolor social para engañarnos con la sonrisa del amor incierto. Es el amor incierto de todos los cabarets que se ofrece en la fatiga de las pobres mujeres que ríen por no llorar su desventura.

EL CIRCO

MIREMOS el viejo circo que levanta en cada pueblo su joroba de arpillera. El mástil cilíndrico y el toldo, endurecido, sirven de paraguas a la farsa errante. La grotesca farándula de los hombres tristes y las mujeres bellas, sufre el desasiego de la inquietud perenne. Payasos y atletas y todos los bohemios. La caravana pintoresca, de las enormes balijas y las jaulas de animales, van recorriendo los diversos lugares del mundo. Buscan la vendimia del dinero y el falso halago del aplauso. Es necesario vivir. La risa es su máscara y su fuerza. Y por eso, levantan en el pecho de cada ciudad, la irremediable tragedia del corazón sacrificado.

¿Quién de nosotros no frecuenta la humilde casa de los títeres? Niños y viejos, ricos y pobres: todos amamos la voluptuosidad del regocijo. Es la felicidad completa de reir sin reflexión, ni medida. Veremos el desfile calmado de las bestias; el elefante perezoso, el caballo dócil, los perros amaestrados. Saldrá la ecuyére deliciosa, el enano

ridículo, el domador de fieras, el gigante temerario. Nos emocionará la acrobacia de los hércules, las piruetas de los tonys, el salto del volatinero. Los fantoches humanos se juegan la existencia en el peligro mortal de las barras y trapecios. La redención suplicante de sus muecas, está en el generoso tributo de nuestra simpatía.

El espectáculo circense, tiene una honda sabiduría de consuelo: saber entretenernos. Así, olvidamos la desdicha de las horas tristes y el cansancio de las diarias reflexiones. Nos divertirá el redoble de un tambor, el sonido de un clarín, un mamarracho de cartón. Enfermos de aburrimiento, aprenderemos a reir con la alegría inocente y bulliciosa de los niños. El circo es un refugio de la curiosidad infantil y la tristeza caduca. El tinglado de la farsa es necesario para fascinar el espíritu de la gente pesimista. Y por eso, sobre la blanda pista de aserrín, iluminada por los arcos voltaicos, rodará siempre la frágil moneda de nuestra esperanza bienhechora.

CASAS DE MODAS

LAS casas de modas son los templos de la vanidad social. La religión de la elegancia es absoluta y tentadora. Los fieles son universales. Vestir bien, lucir bellos trajes, he ahí el eterno destino de la mujer fea y hermosa. Los últimos modelos de París y las últimas creaciones de Buenos Aires, sostienen un antagonismo de batalla. Los figurines, exaltan la maravilla de los estilos para las cuatro estaciones. Géneros, lanas y sedas. Las mujeres, marcan la unidad victoriosa de los gustos. Algunas, la gracia discreta o el signo exagerado; otras, el descote turbador o el recato pudoroso. El traje de casa, el traje de calle, el traje de baile y de teatro. Igualmente el traje de novia, de sport, de viaje y de luto. La gloria de los colores y tejidos, reclaman la esclavitud de la belleza femenina. Pero ellas saben que la conquista del amor, está en el secreto delicioso y cautivo de las modas. Los héroes del martirio son los hombres. Una palabra, una mirada y el trofeo del alma cae vencido. Además,

en el mundo, las derrotas superfluas son las más verdaderas.

Las casas de modas, tienen un carácter de intimidad y sortilegio. Las puertas entornadas, el lujo desafiante, el matiz aristocrático. Brilla en las vidrieras la luz artificial. Los ojos viajeros se detienen a mirar el hechizo del modelo. Vestidos ligeros y sutiles, abrigos mullidos, blusas vaporosas. Allí, el color lila, crema, lacre y salmón; el negro, el amarillo y el verde. Las flores de trapo y las pieles de lujo. Los guantes de seda y de gamuza, las carteras de paño y de cuero, las ligas tenues y las blondas mágicas. No olvidaremos, tampoco, los sombreros de estación, los frascos de perfume y las medias transparentes. El muestrario de la novedad, inspira la tentación de la demanda. La feria de los gustos rebuscados y excéntricos, arrebata la sencillez indiferente y la coquetería afiebrada. La felicidad de la mujer, está en la posesión gozosa de esas cosas banales. La elegancia del vestir es un arte y no basta ser hermosa, sino demostrarlo.

Las mujeres acaban de entrar a la mansión suntuosa. El dinero es la guía y la confianza. En la sala amplia y tibia, reina una semiobscura tonalidad crepuscular. Hay lámparas veladas, sillones blandos, mesas diminutas, gobelinos y cortinas. El negocio galante, está atendido por un grupo de muchachas jóvenes y expertas. Poseen la disciplina de la mentira inofensiva. La fe del cliente es la conquista. La dueña, que será una dama venerable y

presumida, reparte halagos y sonrisas a todas las personas. Los pequeños gabinetes, se abren para la prueba complaciente. La modista, elogia la belleza de las formas y el ajuste armonioso del vestido. La chica monona o la señora boba, creen en el salmo del tributo. El espejo refleja la cambiante donosura. ¡Está hermosa! ¡Qué bien! Suenan las palabras y el bautismo de los precios. El estreno será un acontecimiento emocional. Las cosas caras son las más preferidas. La realidad perdurable de la compra no interesa. El dinero se hizo para gastar y el hombre, dócil esclavo del trabajo, debe buscarlo para complacer a la mujer.

EL BANQUETE

TODOS los días, las crónicas sociales detallan la celebración de los banquetes. Es la eterna costumbre de comer en abundancia y hacer la digestión en compañía. Los hombres no la olvidan y la sociedad, la tiene establecida como un símbolo de la justicia ciudadana. En verdad, nadie en su vida ha dejado de merecer el premio de un banquete. Por las causas más pequeñas o los sucesos más trascendentales los amigos no disculpan la suerte de su prójimo. El hombre que se casa, el universitario que se recibe, el político que triunfa, el empleado que asciende. También el feliz mortal que se jubila o el gran señor que viaja a Europa. Las circunstancias del homenaje gastronómico no falta aún para los artistas y literatos. Así, un libro, un cuadro, una escultura serán motivo obligado de festejo. El valor de la inteligencia y el carácter, hay que estimularlo con el aplauso resonante. Es el aplauso resonante del estómago lleno y el corazón contento. La verdadera fama del autor está

en el hecho del banquete por más que la poesía del laurel se amortigue al finalizar la sobremesa.

Para organizar un banquete, se necesita una paciencia franciscana. Es la tarea célebre y gratuita de los buenos amigos. Desde el ruego al modesto ciudadano hasta la reunión de los dispersos comensales, el acontecimiento digestivo, necesita un prolegómeno aflijente. El hombre del agasajo, tiene el enigma de la simpatía callada. Quien retira un cubierto, lo hace siempre por alarde o compromiso. El mundo social es extravagante y vanidoso. Exige la publicación vana de los nombres, el detalle del hotel, el buen gusto de Brillat-Savarin. El lujo del reclamo y la trascendencia del motivo. Los hechos vulgares son los más complicados. Por eso, en los días augurales de la consagración retórica, el jovial autor, vivirá horas de zozobra. Temerá la apoteósis del banquete y la envidia de los méritos. El corazón humano no es siempre sincero. Le gusto torturar la dicha del sentimiento ajeno y consultar los amores del bolsillo. Los gastos superfluos y los afectos honrados. Sin embargo, la amistad del engaño, nos alienta. La gloria terrestre, tiene sus caprichos y cada uno la conquista como puede.

Ha llegado el día de la fiesta. La mesa está tendida. Es una larga mesa, de hospitalidad solemne y generosa. Hay platos alineados, servilletas y cubiertos. Resalta el cristal de los vasos, el oro del pan, el rubor de las flores. El salón parece una

bandeja nueva y reluciente. Los invitados comienzan a llegar. Las sillas se ocupan y en la cabecera, sonríe gozoso el anfitrión. Lo saluda el coro de las felicitaciones y el estruendo de la música. Es el prócer feliz, de la concordia exajerada y la perfección moral. El tiempo corre. Los mozos sirven el menú, el vino escancia, el apetito triunfa. La gente cambia de carácter, se vuelve expansiva y habla en alta voz. Hablar fuerte: he allí, el signo indispensable del banquete. Los amigos hacen el elogio del ilustre camarada. Ahora, no hay secretos, ni egoísmo. Bien lo dice, el orador que se levanta y pronuncia con orgullo el discurso de ocasión. La palabra se ahoga en la gratitud del obsequiado. El suceso extraordinario lo conmueve. El hombre es otro hombre. Ha merecido el primer aplauso de la vida y aunque nosotros lo olvidemos él ya tiene el derecho supremo de la inmortalidad.

EL CONCIERTO

COMO en la clásica oda de Fray Luis de León, tendremos que buscar lejos del mundanal ruido, el sitio propiciatorio del concierto. Será un sitio aislado y silencioso, donde los magos del sonido, puedan celebrar el arrobamiento musical. En la ceremonia armoniosa, nadie perturbará la gravedad de la emoción. Para ahogar el eco de las calles se cerrarán las puertas del recinto y para asegurar la paz del espectáculo, se reglamentarán las conversaciones y las toses. Los auditorios, adquieren una solemnidad dramática y hostil. El barullo irrita los oídos, la calma suaviza la protesta. En realidad, nada hay más violento que permanecer largo tiempo, inmóvil y callado. Los recursos del arte son tremendos. Modifica la impaciencia y la domina. Por eso, desde que entramos al salón, un vaho de intimidad nos alecciona. Caminaremos en punta de pié, hablaremos en voz baja, aceptaremos la sordina de los actos. El falso murmullo, naufragará en la quietud auténtica. La atención profun-

da es necesaria para escuchar la música, juzgar la técnica y prodigar el aplauso decisivo. Así, al menos, descubriremos la belleza de las melodías inútiles y justificaremos el suplicio de las penitencias crueles.

El concierto va a comenzar. Un rumor sordo y unánime, pone una expectativa dudosa en el ambiente. Es la incertidumbre de la espera muelle y prolongada. El público, aumenta. La sala luminosa, se caldea de entusiasmo. Pasan las mujeres bellas y los hombres graves. Las damas, descubren los cuellos túrgidos y ebúrneos. Los rostros se encienden, las pupilas se dilatan, los labios ríen. Un sutil aroma de mujer, se disemina en el encierro cautivante. Los virtuosos de la música son buenos psicólogos: saben explotar el éxtasis de la curiosidad sonora. La melomanía es contagiosa. Hace víctimas a granel y complacencia. La mayoría femenina, sobrepasa al tributo de los hombres. Es un curioso fenómeno de la sensibilidad dúctil y exquisita. Indudablemente, sin la encantadora presencia de las mujeres, los conciertos nos llenarían de tristeza. Ellas, alejan la efímera penitencia del aburrimiento musical; ellas, desmienten la amarga desazón de la ciudad indiferente. No de otra forma, se explicaría el éxito cada año más rotundo de los conciertos banales o magníficos.

Los conciertos, terminan siempre con la misma aquiescencia de la iniciación prudente. Unos, se hastían; otros, se deleitan; otros, se duermen. El

coloquio del sonido, tiene el embrujo de la comprensión tranquila. Hemos juzgado el mérito del artista y el sentimiento de la interpretación. El complicado romance de las notas, ha vibrado bajo los dedos con una unción maravillosa. En el programa auditivo, desfila la inspiración de las grandes creaciones, el nombre de los maestros consagrados. Ahora, el juicio público, discierne la honra de la ejecución difícil. Sin comprender, daremos muchas veces, el fallo de nuestra censura o alabanza. Vivimos la hora del perenne descontento o arrebato. En la sala tibia y elegante, sólo nos interesa la armonía de la mujer hermosa. Ella es la verdadera música del concierto moderno y recogido. Toda simpatía es cuestión de temperamento. El corazón — eterno niño — sufre el dominio de la solidaridad piadosa. Si las manos femeninas, prodigan su elogio, nosotros debemos imitarlas. El aplauso es una virtud inofensiva. Además, hay que ser galante con las damas y si es un caballero, salvar el prestigio del atributo varonil.

EL CASAMIENTO

¿POR qué la ceremonia de un enlace requiere tanta gravedad? ¿Será porque nacer, casarse y morir son los tres fundamentos del destino? ¿O será que los hechos más simples son los más complicados? ¡Quién lo sabe! La vida, el amor, la muerte, Misterio. El hombre que celebra el romance de sus bodas es siempre un optimista. Cree en la felicidad de las almas y la divinización de la mujer. Los largos años de la experiencia humana, le han dado el consuelo ilusorio y generoso. El espíritu lo exalta, el corazón lo siente. Nadie duda de la ventura conyugal. Y si no fuera así ¿dónde estaría entonces la belleza del mundo y la dicha de existir?

El soliloquio ha terminado. Ahora, de pie, frente al atrio de la iglesia, presenciamos la solemnidad de un casamiento. Es el diario cuadro del régimen social. En la acera, se han aglomerado los curiosos. El tráfico se obstruye. Los automóviles detienen la marcha, los invitados descienden. La expectativa hierve. El templo, preludia el fervor

epitalámico. De pronto, se oye una exclamación unánime de júbilo. Los novios han llegado. Ya entran, ya pasan. Ella, va arrogante, esplendorosa, lijeramente pálida, con su traje fulgurante y el velo de ilusión. El, la sigue resignado y melancólico como un niño ciego. Bajo el toldo luminoso, la concurrencia se escurre tras el séquito. Murmullos. Silencio. La orquesta ha entonado los acordes de la marcha nupcial.

Cuando el sereno religioso acaba de bendecir la fidelidad de la pareja, el ideal de vivir se transfigura. Suena el nombre de la esposa y el corazón se llena de inquietudes. Aquella adorable mujer, vestida de blanco, coronada de azahares y delicada y fragante como un haz de nardos, simboliza el único tesoro de la tierra. Nada hay como su compañía armoniosa y su ternura profunda. Ella, despertará el milagro de los sueños; ella, será la lumbre del hogar propicio. Pobre o rico, el hombre confía en la quimera de la suerte. Ya lo afirma la marcha triunfal del regreso, ajeno a la tentación de la ciudad estupenda. El automóvil corre veloz por la calle obscurecida. Busca el refugio misterioso de la calma y de la sombra. El hombre ha robado una estrella y quiere encenderla en la noche de su vida.

EL BAUTISMO

LA casa se ha llenado de luz. Es un día memorable en que nadie trabaja. Desde el amanecer, la familia no ha descansado un solo instante. ¿Por qué tanto desasosiego y alborozo? ¡Oh, ya lo sabemos !Hoy bautizan al primer hijo. Es un capullo de vida ingenua y santa. Llora, ríe y mira con asombro la interrogación del mundo. Los padres contemplan extasiados el advenimiento milagroso del amor. Lo han visto nacer, lo han cuidado y hoy el sacerdote le santificará el nombre preferido. ¿Se llamará como el abuelo o el mártir cronológico? El desconcierto cunde. Las opiniones se dividen. De pronto, alguien recuerda que en el registro civil la ciudadanía mortal está ya legalizada. Los comentarios no tienen remedio. Además, en la puerta de calle un automóvil sopla la exigencia de la marcha.

Toda la familia se dirige a la iglesia llevando el retoño de la estirpe. El padrino medita; la ma-

drina sonríe. El episodio cristiano es solemne y emotivo. El párvulo inocente, envuelto en su ajuar de encajes, está bellamente sonrosado. En el viaje nadie observa las visiones callejeras, porque la atención general se ha centralizado en la dulce criatura. Todos piensan en el porvenir del pequeñuelo. ¿Será un profesional, un empleado, un artista? ¿Morirá joven o viejo? ¿Se casará y tendrá hijos? En fin, nadie adivina la suerte merecida. Pero ya estamos en la iglesia. El séquito avanza. En la capilla, el cura espera impaciente. El ritual se inicia. Un rezo, una bendición, una cruz de agua bendita. El niño se despierta, llora, manotea. Los padres se afligen; el fray los consuela. La satisfacción sagrada embarga los espíritus. El niño está bautizado y se ha cumplido con Dios.

Al regresar a la casa, una larga mesa ofrece el halago de la fiesta. Están presentes las eternas masitas, los ricos bombones, el dorado champaña. Luego, habrá música, baile, tertulia. El bautismo del futuro servidor de la patria lo exigía. ¡Cómo no celebrar la felicidad matrimonial! Ya empieza la danza; ya beben, ya conversan. La gente se divierte. Anochece. Los amigos comienzan a partir. El matrimonio queda solo. La casa se llena de silencio. Inesperadamente, la mujer se ha puesto a llorar contemplando la sortija de oro en el anular de su mano pálida; luego, reclina la cabeza sobre el hombro del esposo. El amor ha estremecido

de idealidad los corazones. En la cuna blanca, el hijo duerme chupando un biberón. Entonces, el padre sonríe y piensa que nada hay más puro en la vida que el pecado de las lágrimas. La luz del dormitorio acaba de apagarse.

EL REMATE

HAY algunas calles de nuestra ciudad que cultivan el orgullo del silencio. Alejadas de los barrios céntricos, han estirado la paralela de las cuadras como una imploración. Imploran la paz del tiempo y la jerarquía aristocrática. No quieren la fraternidad del bullicio y la pobreza. Los palacios señoriales y las mansiones fastuosas han consolidado los atributos de la estirpe. La magnificencia de la suerte brilla en la semblanza arquitectónica. Se cuelga como un desafío en las paredes, cierra los balcones, entorna las puertas. En todo hay una pesadumbre de secreto conventual. Por eso, en la calle gris y el lugar desierto, cada casa es como un triunfo de la mujer feliz y el hombre poderoso.

Pero esta noche, la casa huraña y muda ha roto su encantamiento de misterio. Se han abierto las puertas e iluminado sus salones. ¿Qué sucede? ¿Una fiesta, un baile? No, señores. El acontecimiento social de la vivienda es un remate. Ha llegado el triste epílogo de todos los derroches; la

crisis de la vanidad y la riqueza. Ya no habrá reuniones suntuosas, ni muestrario de trajes y de luces. Los espejos antiguos no reflejarán la flexible gracia de la niña núbil y la dama hermosa. Se ausentarán los cantos, las conversaciones y las risas. Vendrán otras familias y nuevas costumbres. La casa es un ensueño moribundo. Ahora, en lugar del caballero galante, el militar bizarro y el diplomático ilustre, veremos entrar la gente extraña, los hombres descorteses y las mujeres ignoradas.

En la casa abandonada, el rematador es un verdugo. Sacrifica los recuerdos sin arrepentimiento ni piedad. No lo conmueve el símbolo de un mueble, la belleza de un cuadro, el valor de una joya. Todas las cosas que representaron para los dueños ausentes un sentimiento familiar se alejan con rumbo diferente. El dormitorio propicio de los sueños, el comedor que animó los banquetes solemnes, las salas que recibieron la visita encantadora se destruyen por la anarquía de la adjudicación anónima. La colección magnífica del moblaje es un despojo del beneficio, transitorio y comercial. Muere todo lo grande, lo noble, lo bellamente absurdo. Donde vivió la mujer feliz y el hombre poderoso, la realidad de las finanzas ha plantado la veleta del destino. Cada comprador se llevará una existencia trunca. Señores: el remate ha terminado.

EL INCENDIO

CUANDO el tráfico callejero detiene su marcha y los balcones de las casas se llenan de gente, es señal inequívoca de que estalló un incendio. La exhalación de los camiones y el soplo del clarín, denuncian al cuerpo de bomberos. Allí van los automóviles resonantes, con la bomba metálica y la escalera de auxilio. También las serpientes de goma y las llaves de tormenta. La noticia del suceso conmueve los espíritus. No es la emoción solidaria del siniestro, sino la curiosidad visual del espectáculo. A todo el mundo le gusta mirar el abanico impresionante de las llamas; el viento que atiza los leños destructores y vencidos. En las grandes ciudades, los incendios reconcentran la pesadilla del miedo popular. Tiene la evidencia aciaga del castigo, la fatal enseñanza a la voluntad del hombre. Intencional o imprevista, la tragedia del fuego alegoriza la fantasía del infierno. La paz de la tierra es fatigosa y de vez en cuando, las conciencias tranquilas, necesitan el pavor del sobresalto.

He ahí el imponente desastre del corto circuito o el fósforo encendido. La casa que arde, el grito de las víctimas, el balance de las pérdidas. En la cuadra del incendio, las autoridades policiales han impuesto la obediencia de la ley. No pueden transitar coches, tranvías, ni automóviles. Tampoco los peatones, que en diversos grupos han corrido a curiosear. La vida del prójimo hay que defenderla, y los agentes quieren cumplir con la intención. Ya está libre la calzada y las mangueras del agua. El auxilio elemental, inicia el salvamento. Los chorros de plata, rayan la púrpura imperial. Arden las puertas, los muebles y las ropas; revientan los cristales y los líquidos y se derrumban las paredes y los techos. La majestad de la catástrofe estremece la ciudad. La escena de la noche se ilumina con las teas y los fantasmas del torrente. Peligra la vida y la fortuna. El bombero es el héroe de la hazaña, y en la lucha elemental, él anima la victoria que salva y que destruye.

El incendio ha sido dominado. Las ruinas humeantes se empolvan de ceniza. Flota un olor asfixiante de carbón y de humedad. Los bomberos inician la remoción de los escombros, el descubrimiento de las víctimas. El público aprovecha la ausencia del fuego para observar mejor. Hay que mirar bien el desastre para forjar el comentario novelesco. ¿Habrá muertos? ¿Habrá pérdidas? ¡Pobre dueño de la casa! ¡Pobre dueño del negocio! La casa y las mercaderías no son más que un vestigio

negro y torturado. El edificio se ha vestido de luto con el humo de las llamas. El incendio terminó; los bomberos se alejan con la carga resonante y la paz vuelve a la arteria conmovida. La gente renueva la avidez de las miradas, y los damnificados piensan en el seguro de ocasión. Después todo se olvida en la indiferencia de los días. Pero mientras tanto, nadie tiene derecho a tocar las ruinas, ni observarlas largamente. La tentación del mal es pecadora y como los incendias deben de ser honrados, un vigilante cuida el inútil despojo de las cosas quemadas.

EL ENTIERRO

HE aquí el cuadro inevitable del destino, el forzoso límite de la existencia humana. Del ser, enérgico y feliz, que luchó años y años, hoy no queda más que una sombra vana y miserable. Fué bueno o malo, culto o ignorante, joven o viejo, pobre o rico: la muerte que no respeta condiciones, lo sentenció al sacrificio. ¿Qué hacer ante el desenlace trágico? ¿Quién lo mató? ¿Un accidente, una enfermedad? No lo sabemos. La voluntad de Dios es absurda y misteriosa. Ahora no queda más consuelo que llorar y resignarse. Los fallecimientos no existen sin las lágrimas. Así, al menos, podremos realizar la postrer ceremonia del velorio y las exequias. La capilla ardiente, los cirios amarillos y las flores piadosas. La casa mortuoria, se ha llenado de sollozos, de conversaciones apagadas, de silencios largos y cobardes. Los deudos reciben la suprema condolencia: un abrazo mudo y un apretón de manos. Un hombre vestido de negro vigila la puerta, donde se colgó un moño de crespón. El ser-

vicio de pompas fúnebres, tiene sus símbolos terribles. El sepelio necesita protocolo y las empresas lo facilitan, según la condición de los bolsillos.

Ha pasado la noche y al otro día, un hombre insensible golpea con el martillo los clavos del féretro. El corazón se desgarra de angustia y el llanto anuda las gargantas. Ha llegado la hora fatal de la ausencia sin regreso. Vibra el tormento más infinito del dolor. En la calle, el coche negro y el cortejo lúgubre, esperan la carga desolada. De pronto, varias personas, levantan el ataúd y lo llevan a paso lento y sosegado. Ultima escena de llantos y de gritos. La marcha es irremediable. Nadie escucha el reclamo suplicante, ni la desventura total. El séquito ha salido de la casa. Las fauces del carruaje macabro están abiertas y al impulso de la vida se devoran la muerte. Ahora, se colocan las coronas blancas y moradas y los ramos fragantes y marchitos. El convoy se aleja por la calle indiferente. Los hombres, al verlo, se sacan el sombrero. Algunos dirán qué lindo entierro; otros, quién será el muerto; otros, es un ser feliz. En realidad, la tragedia verdadera no interesa sino a quien la siente de muy cerca. El egoísmo humano, se ha acostumbrado a no sufrir nunca por la desdicha ajena.

¿Por qué una comitiva fúnebre tiene una emoción tan dolorosa? El rodar de los coches, las cortinas bajadas, la sinfonía del luto, acusan diversas sugestiones. La realidad y la mentira, el valor y el miedo. Viajaremos en rumbo al cementerio sin pen-

sar nunca en nuestra propia vida. La fortuna de los deudos, señalará la estación de la Recoleta o Chacarita. Aquí, la muerte también ha establecido la categoría social de los derechos. Nada hay más terrible que el calvario de un entierro. La defunción, el sepulcro, la elección de la bóveda o el nicho, son crueles reglamentos. La Municipalidad no perdona el valor de la nada; hasta para descansar en la tumba hay que pagar. Pero, hoy, deberemos olvidar las malas leyes, para dar sepultura al pobre amigo. Ya tuvo la nota necrológica en el diario, y, ahora, tendrá el discurso a sus virtudes. La muerte todo lo olvida y lo perdona. Así, los hombres, abandonarán el recuerdo del extinto y en la casa familiar harán lo mismo. Dios puso la resignación en las almas, y nosotros debemos aceptarla sin protesta. La eternidad es filosofía.

LOS NIÑOS

HE aquí el desfile rumoroso de los niños, los pequeños escolares del desorden. Van en grupos fraternos, unos asidos de la mano, otros acompañados por la madre o la sirvienta, otros solos y confiados. Todos llevan su cartera de charol o el libro y la pizarra en descubierto. Según la condición social es la suerte de la persona y la elegancia. Así, el niño pobre o el niño rico. Los rostros anónimos traducen el orgullo o la humildad de las familias. Sin embargo, ningún prejuicio vano anarquiza la solidaridad de la risueña compañía. Ahora, todos son iguales. A su paso optimista las rutas callejeras se llenan de bullicio. Es la gritería confusa de los felices chiquillos que discuten sus rivalidades de estudiante. El traje, el sombrero, el lápiz o el cuaderno serán el motivo de la conversación perenne. Algunos protestan la asistencia obligatoria, otros celebran la ventaja de aprender. Pero nadie repite la hazaña estupenda de Sarmiento. Los nuevos alumnos obedecen por deber o por

temor. Es así como abandonan el ocio del hogar para llegar al horario de la escuela. En la temprana edad, el valor de las acciones está en la consecuencia invariable del obsequio o el castigo maternal.

Los niños están en clase. Han saludado en coro a la maestra y ocupan los asientos, callados y sumisos. La seriedad es necesaria. Nadie puede hablar sin permiso, ni reírse sin motivo. La disciplina estudiantil impone el silencio y el respeto. Los dóciles alumnos saben soportar el límite de las bellas penas. Durante las horas de enseñanza, entregarán sus deberes y darán sus lecciones. Cada materia puntualizará la simpatía de los futuros ciudadanos. En verdad, de allí saldrán los nuevos ingenieros, médicos, abogados, artistas y políticos. Allí veremos al niño que prefiere los números, la anatomía o el dibujo. Otros, la historia, la geografía y la gramática; el relato de las batallas, los mapas de colores, las lecturas fantásticas. Ante la ávida curiosidad infantil pasarán todas las visiones del arte y la naturaleza. Tendrán también la música, el canto y la gimnasia, las fiestas patrióticas y las excursiones instructivas. El centro de las obligaciones constantes y provechosas no requiere mayores sacrificios. Los alegres escolares tendrán la recompensa del futuro. El porvenir del tiempo ha de certificar la justicia de la aspiración honrada. La infancia es un recurso de fortuna en el camino de la vida.

Suena la campana. Ha terminado la clase y los juiciosos chiquillos se preparan a salir. Guardan sus útiles, se despiden de la maestra, atraviesan los patios y ya están de nuevo en el tumulto de las calles. La libertad de correr y gritar los emociona. Han pasado las horas de la pedagogía solemne y penitente. El regreso al hogar es ligero y auspicioso. Irán a contar a sus padres lo que aprendieron sin trabajo. Las nuevas lecturas y los nuevos problemas. Repetirán la explicación de la maestra y las travesuras inocentes. No olvidarán los juegos del recreo, ni las peleas del amigo. El mundo infantil tiene sus secretos imprudentes. Son los episodios de la experiencia ingenua y la reflexión temprana. Viven los días triunfales de la verdad cómplice y sagrada. La educación trasfigura las pasiones, y surge el sentimiento de la responsabilidad moral. El niño comienza a sentirse hombre. Es entonces cuando el amor de la justicia, inunda el misterio de las almas y nace el reconocimiento de la tarea difícil. Es la tarea enormè de aquella maestra que enseñó el abecedario y la escritura con una verdadera vocación de cristiana. La memoria de su nombre es la harina sagrada del recuerdo con que se amasó el pan de la sabiduría y el destino.

CARNAVAL

MOMO ha llegado con su máscara grotesca y su alegría desbordante. Suena el coro de los gritos y el eco de las risas. El alborozo inarmónico, se desparrama por toda la ciudad. Ya pasan las comparsas bulliciosas, las mascaritas sueltas y las murgas torpes. El lazo de las serpentinas se desata y vuela por el aire la fantasía del papel picado. La fragancia de los pomos, humedece los disfraces y los niños traviesos juegan con las bombas de color. La melancolía no existe, nadie piensa sino en divertirse y recorrer las calles en coches y automóviles. El programa carnavalesco hace olvidar el dolor y renacer la leticia de las emociones sinceras. En esos días, todo el mundo abandona las casas. El corso de la Avenida de Mayo y los barrios suburbanos, seducen el espíritu de la población estremecida. La borrachera de jugar es absoluta. La gente ama la voluptuosidad del regocijo. Rondas callejeras y bailes en los teatros. Las horas son escasas y hay que aprovecharlas hasta el amanecer.

El carnaval porteño despierta el sentimiento de la molicie primitiva. La resonancia de los cascabeles, las panderetas, los gritos y cantares, traen la alegoría deliciosa de la farsa absurda. La inconciencia del recreo, nos hace niños. Amamos la carcajada delirante y la frase intempestiva. Allí surge el acento endemoniado de los pitos, las bocinas y tambores. También el rumor de una guitarra, el sollozo del violín y el inevitable bandoneón. Nos deleita la embriaguez del ruído y la feria luminosa de los adornos voltaicos. Triunfa el buen humor en las almas y los idilios en los corazones. ¡Qué importa que el vulgo agravie las personas con refranes descorteses! La comedia es necesaria y hay que interpretarla. En ella gastaremos hasta los últimos centavos. Rollos de serpentinas y fantasía de disfraces, canastos de flores y paseos en carruajes. La suerte del mundo está en el murmullo fascinante de las voces anónimas. Lo desconocido hace olvidar el infortunio. La vida es una sola y debemos vivirla sin reflexión en todo instante.

Noches de Carnestolendas. Por las calles de la ciudad desfilan los carruajes adornados y las máscaras risueñas, los hombres felices y los desengañados. En el corso oficial estallará el combate de las flores y las cintas de papel, el coloquio de las risas y la duda de los antifaces. No faltará la Colombina, el Pierrot y el Arlequín. Las marquesas y los caballeros, las majas y odaliscas, las gitanas y dominós, los payasos y los gauchos. Brillarán los

mantones de Manila, las pelucas reales, los trajes de lentejuelas y los sombreros de cartón. El torbellino cinematográfico de los colores, se une al arranque de los gritos y a la melodía de la música. El carnaval ha llegado con la gracia solar y el desvelo nocturno. Los sentidos están de fiesta. Buenos Aires ríe en la imitación de los bufones, y recordando al poeta, canta:

Musa, la máscara apresta,
Ensaya un aire jovial,
Y goza y ríe en la fiesta
Del Carnaval.

SEMANA SANTA

TIENEN los plácidos días de la Semana Santa, una sugestión halagadora. Es el alivio de la fe serena y confortante. La religión cristiana celebra la apoteosis del martirio salvador. La ciudad se viste de emociones. El lejano episodio del Gólgota rememora uno de los acontecimientos más sagrados de la historia. Las calles adquieren una animación inusitada. Caravanas que van, caravanas que vienen. Los rostros femeninos, traducen el fervor de la oración. La fiesta sacra auspicia la purificación del misticismo urbano. Las iglesias abren su hospitalidad al peregrino. Afuera del templo, aglomeración de gente; dentro de las naves, la luminaria de los cirios y el altar de duelo. Bajo los arcos propiciatorios, vibran las letanías armoniosas. Las mujeres rezan la vida de Jesús. No tañen las campanas, el órgano está mudo y las matracas suenan sus golpes de piedad. Las almas necesitan el consuelo del Señor.El mundo está perdido y los fieles suplican el único milagro de la redención terrenal.

Nuestra ciudad cultiva la piadosa ceremonia del recuerdo santo. El espectáculo de las estaciones embellece la monotonía de las calles. Eso de ver pasar, de una iglesia a otra los racimos de muchachas, alegra el corazón y las pupilas. Gozaremos la imagen animada de las bellezas truncas y enigmáticas. Aquellas hermosas criaturas, que acompañadas de la madre cumplen la devoción de Jesucristo, merecen el homenaje de la simpatía espiritual. Allí veremos las devotas verdaderas y las devotas falsas, el clásico manto de las órdenes y la libre exhibición de la moda. El coro heterogéneo y majestuoso, se renueva a cada instante. En los atrios, en las veredas, en las esquinas de las bocacalles, los hombres detienen la marcha para admirar la hermosura pasajera. Hemos olvidado el límite de las salidas de misa, para gozar en el plantón extático la fugitiva acuarela de la mujer piadosa.

La Semana Santa se celebra en todas las casas y todas las ciudades. Las compañías teatrales representan la Pasión, y los cinematógrafos de barrio la clásica película. La sociedad debe rendir el homenaje fervoroso en los sentimientos y costumbres. En las confiterías, aparecerán las empanadas de vigilia y en los hogares devotos, el eterno bacalao. Los pecadores de la tierra tienen que cumplir la penitencia temporal. No habrá perdón, ni misericordia, sin el leve sacrificio de no comer carne. El mundo es un infierno y por algunos días hay que purificarse. Así llegará la Pascua de Resurrec-

ción, y con ella la salvación de los delitos y la libertad de la conciencia. Las ficciones benéficas son indispensables a la salud de las almas y el ritmo de la vida. Dios premia a los buenos y castiga a los malos. El más allá del destino es un enigma y entonces, cada uno se prepara el cielo o el purgatorio a su deseo. La Semana Santa es generosa y conviene aprovechar la religión de sus virtudes.

NAVIDAD

TODOS los años en la misma época nuestra ciudad se llena de alegría. Es la alegría sana y bulliciosa de la Nochebuena, el acontecimiento consolador de los niños y los viejos. Aquel episodio memorable de la historia, tiene el secreto de la piedad cristiana y el arrebato místico. Las almas se transfiguran. Renace el idealismo de la ventura precoz y la ansiedad inocente. La gente ríe, olvida el infortunio y santifica la fugacidad de la emoción. Ya no habrá tristeza individual, sino regocijo colectivo. Lo vemos en el éxodo de los hogares y las caravanas de las calles. Toda la población, sale a manifestar el júbilo del milagro redentor. El tributo de la hazaña está en la reconcentración interesada. En esos días, la fortuna y la salud, hacen su desafío airado. Se estrenarán los mejores trajes y se malgastará el dinero. Poco importa, el sacrificio del trabajo para el derroche estéril. La obligación de Navidad es llenar las talegas del mercader ocasional.

He aquí, por qué todos los negocios, exhiben en los escaparates las fantasías del reclame. Los bazares, los juguetes; las confiterías, los dulces; los almacenes, los licores. Las casas de moda liquidan los sombreros y vestidos; las tiendas, los géneros; las joyerías, los brillantes. Las agencias de lotería, colgarán la áurea faja de su interrogación numérica. Los gremios comerciales se han confabulado en la venta obligada y tentadora. Los bolsillos deben gastar. Allí, está la sugestión vanidosa del lujo y de la suerte, del apetito y de la gula. En las vidrieras, abundan los turrones de Alicante y de Jijona, las aves sabrosas, los muñecos de chocolate y el pan de Navidad. La memoria pantagruélica, excita la avaricia heterogénea. Ahora, no queda otro recurso que vestir y comer bien. Las costumbres sociales, no se modifican. En todos los hogares, tendremos el pavo clásico y el pan tradicional. Y sobre todo, no olvidaremos de comprar, aunque sea por antojo, un billete del millón.

En la ciudad cosmopolita y frívola, la devoción de Navidad es un romance moribundo. No existen los nacimientos de cartón, ni los villancicos armónicos. Las casas de familia, han abolido el culto de la evocación antigua. Desapareció el pesebre de Belén y las rondas de la infancia. Hoy, la ceremonia del Niño-Dios está en los templos y el holgorio popular. Ya no brillan en las puertas las luces de Bengala, ni en los corredores amplios los faroles de papel. La Nochebuena se va en la historia

del recuerdo. Ahora, sólo queda el árbol de Navidad y la estrella de latón, donde el viejo Noel, reparte a los niños las golosinas gratuitas y los juguetes de color. La leyenda de Bethleem, tiene la música del halago efímero y la advertencia cruel. Recordemos la poesía legendaria:

La Nochebuena se viene,
La Nochebuena se va;
Y nosotros nos iremos
Y no volveremos más.

AÑO NUEVO

Vamos a celebrar el triunfo de la vida. Trescientos sesenta y cinco días más en el seno del mundo. Trescientos sesenta y cinco días de felicidad mezquina y de incertidumbre trágica. Meses y semanas en que el pobre corazón ha luchado como un héroe para sostener nuestra frágil envoltura. El destino es implacable. Exije la batalla tremenda del valor tenaz y la gloria inútil. Para gozar del breve espectáculo de la existencia humana es necesario el sacrificio. Representamos la paradoja de la muerte en la encarnación ligera del ideal terretre. El engaño es la fuerza del deseo. Lo atestigua el sendero del conocimiento vano y la herencia de las obras realizadas. Somos una elegía de las ambiciones truncas. Por eso, en nuestra tumba, cabría grabar aquel inequívoco epitafio de Machado:

Es el morir y olvidar.
Mejor que amar y vivir.
Y más mérito el dejar
Que el conseguir.

El Año Nuevo, trae el balance de la dicha inédi-

ta y la realidad macabra. No le interesa la siembra del amor, ni la cosecha del dolor. Vive la apariencia de la conquista eterna. En el jardín universal de su almanaque, él deshoja la rosa de los tiempos sin odio, ni amargura. Tiene el perfume alucinante de la luz y de la sombra. Enciende la primera noche de la duda y apaga la última aurora de la fe. Acostumbrado al suplicio miserable, sabe adueñarse de la voluntad indefensa. El mundo es su víctima expiatoria. El premia la satisfacción menguada y castiga la quimera deslumbrante. Es el verdugo de nosotros mismos. No de otra forma, aceptaríamos temblando el piadoso aguinaldo que nos dá su vida en cada año.

Primero de Enero. Esta noche será noche de fiesta. La ciudad adquiere una animación sonora. Es el torbellino de la plenitud insólita y unánime. Sonarán los cristales de las copas y el rumor de las sirenas, el vuelo de las campanas y las bocinas de los automóviles. El vértigo de la noche nueva se llenará de gritos y de cantos. Las voces claras y las voces roncas, proclamarán el triunfo de la suerte bienhechora. Habrá las cenas auspiciosas, la danza, infatigable, la música vibrante. Beberemos el vino de la embriaguez suprema y deleznable. Hay que festejar la apoteosis del instante. La vida se torna optimista, no reflexiona y goza ante el sepulcro del tiempo que se va. La rotación del calendario es un suceso irresponsable. Somos las inocentes criaturas que celebramos en la vejez de San Silvestre la experiencia insensible de morir.

INDICE

CIUDAD

Pág.

Al lector 9
La Ciudad 13
Las Calles 16
Las Plazas 18
Avenida de Mayo 20
Calle Corrientes 23
Calle Florida 26
Los Cafés 29
Los Restaurantes 31
Los Teatros 33
Los Cinematógrafos 35
Las Escuelas 37
Las Casas nuevas 40
Los Conventillos 43
El Hipódromo 46
El Puerto 49
El Ferrocarril 52

MUJERES

Los Primeros Fríos 57
La Mujer Adolescente 59

Pág.

La Mujer Otoñal 61
La Mujer Desconocida 63
La Maestra 65
La Bailarina 68
La Bataclana 70
Orquestas de Señoritas 73
Las Mujeres Humildes 77
La Modistilla 79
La Vendedora 82
La Dactilógrafa 84
La Planchadora 86
La Sirvienta 88

HOMBRES

El Vendedor de Flores 93
El Vendedor de Baratijas 95
El Vendedor de Diarios 97
El Eterno Crainqueville 99
El Agente de Policía 101
El Candidato 103
El Jockey 105
El Cartero 108
El Musolino 111
El Cancerbero 113
El Vagabundo 115
El Payaso 117
El Chansonnier 119
El Empleado Público 122

Pág.

MUESTRARIO

El Tango 127
El Jazz-Band 130
El Cabaret 132
El Circo 134
Casas de Modas 136
El Banquete 139
El Concierto 142
El Casamiento 145
El Bautismo 147
El Remate 150
El Incendio 152
El Entierro 155
Los Niños 158
Carnaval 161
Semana Santa 164
Navidad 167
Año Nuevo 170